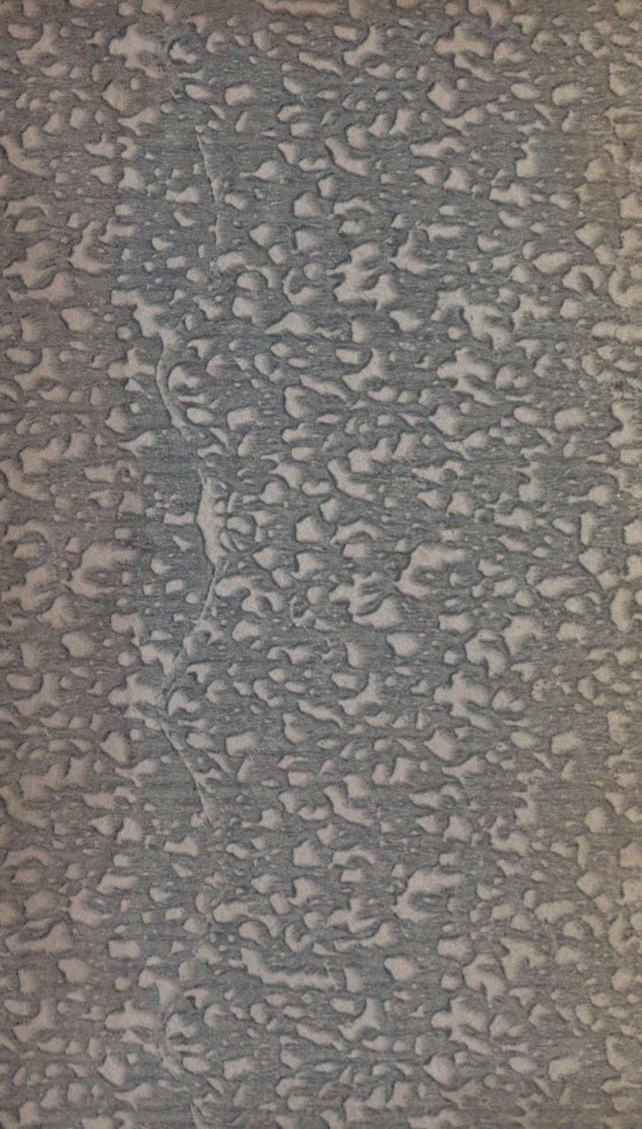






VIDA Y AVENTURAS

DE

DON TIBURCIO DE REDIN



DON TIBURCIO DE REDÍN
Cuadro de Fr. Juan Rizi
(Museo del Prado, núm. 887 del Catálogo de 1910.)

JULIO PUYOL

VIDA Y AVENTURAS DE DON TIBURCIO DE REDÍN

SOLDADO Y CAPUCHINO

(1597-1651)



MADRID
RENACIMIENTO
Pontejos, 3.
1913

Establecimiento tipográfico editorial, Pontejos, 3

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO, EL ILUSTRE HISPANISTA

R. FOULCHÉ-DELBOSC,

JULIO PUYOL.

AL LECTOR

Ha poco cayó en mis manos un mamotreto de más de cuatrocientas páginas en el que se contiene la historia de un famoso caballero llamado Don Tiburcio de Redín; pero hállase tan envuelta en digresiones inoportunas, en pedantescas ampulosidades, en citas de la Sagrada Escritura y de las mitologías griega y romana y en todo el intolerable fárrago de la erudición de *Repertorio*, que, más bien que una biografía, dijérase que era el *Tratado de todas las cosas y otras muchas más*, escrito con la intención deliberada de ha-

cer perder la paciencia al que se hubiere propuesto su lectura. Con saber que el autor, al hablarnos de que el héroe de su obra nació en Pamplona, encuentra oportunidad para remontarse á la fundación de aquélla por Pompeyo y para pedir que se cambie el nombre de la capital por el de *Tiburta* ó *Tiburtina*, ya que tuvo la gloria de ser cuna de Don Tiburcio; que para narrar los sucesos de éste, toma carrera desde los tiempos en que Jesucristo salió del Desierto, y que con motivo de mencionar en una ocasión al mes de Agosto, interrumpe el relato y se extiende en largas disquisiciones sobre la etimología de la palabra, sacando á relucir á Julio César, á Octaviano, á Mario y Sila y á los conquistadores de Egipto, se comprenderá que la obra en cuestión puede competir ventajosamente con los principales y más in-

signes monumentos de la literatura gerundiana.

Titúlase el libro *Vida y virtudes de el Capuchino español, el V. Siervo de Dios Fray Francisco de Pamplona, llamado en el siglo Don Tiburcio de Redin*; es debido á la péñola del *P. Fray Matheo de Anguiano, Religioso de la misma Orden y Predicador de la Santa Provincia de Castilla*, y se imprimió en *Madrid*, en la *Imprenta Real*, el año *1704* (1).

Pero, si el libro es execrable sobre toda ponderación, en cambio, la historia anecdótica del personaje, descargada de la hojarasca de que el Padre Anguiano acertó á revestirla, no deja de ofrecer interés y curiosidad.

En los siglos XVI y XVII abundaron aquellos aventureros que después

(1) Véase Nota 1.ª

de haberse agenciado en la guerra su modo de vivir, volvían de Flandes, de Italia y de las Indias creyendo que todo el mundo era suyo, dispuestos á no respetar á nadie ni á nada y decididos á no reconocer más fueros que sus bríos ni más premáticas que su voluntad, cual si viesen en los arreos del soldado patente ó salvoconducto para cometer toda suerte de abusos y atropellos; y tampoco es raro el caso de que tales valientes, al llegar á cierta edad, se sintiesen atraídos por la preocupación religiosa, idea que con la de las empresas de conquista, compartía el dominio de los espíritus de la época, y arrepentidos de la pasada vida, buscasen en la penitencia el medio de obtener el problemático perdón de sus pecados. A tal filiación corresponde Don Tiburcio de Redín, cuyos carácter y aventuras tienen hartas ana-

logías con los del Capitán Domingo de Toral, Miguel de Castro, Don Diego Duque de Estrada, Don Juan de Mañara, el Capitán Alonso de Contreras, su contemporáneo, y otros por el estilo, soldados todos ellos, de juventud alegre y tormentosa, de indomada voluntad, temerarios, bravucones y camorristas, prontos en desnudar la espada por cualquier gesto ó palabra ofensivos para aquel *punto de honra*, que colocaban en un bárbaro aprecio de sí mismos, y todos ellos también más ó menos preocupados al declinar de su vida con el negocio de la salvación del alma.

Procuraré, pues, dar al lector noticia sucinta de la vida de este personaje, reduciéndola á las proporciones que requiere su importancia, mucho menor, sin duda, de la que el P. Anguiano supuso que tenía cuando se

preparó á escribir su historia, armándose de los pertrechos de que pudiera haberse apercibido para cantar las hazañas de Aquiles ó las místicas empresas de San Francisco de Asís.

PARTE PRIMERA

EL SOLDADO

I

Nacimiento y prosapia de Don Tiburcio de Redín; sus primeros años; carácter varonil de Doña Isabel de Cruzat, madre de nuestro héroe, y ejemplos que lo demuestran; arma caballero á Don Tiburcio y le da su venia para ir á la guerra de Italia.

Don Tiburcio vió la luz en Pamplona el 11 de Agosto de 1597; llamábase su padre Don Carlos de Redín, Señor de Redín, Barón de Bigüezal, Capitán de Infantería española y veterano de Lepanto; y su madre, doña Isabel de Cruzat, descendiente de los Señores de Oriz y Góngora, ambos de las principales familias de Navarra (1). De este

(1) Véase Nota 2.ª

matrimonio habían nacido cinco hijos, cuatro de ellos varones, todos los cuales ocuparon puestos preeminentes: el mayor, Don Juan, fué benedictino y catedrático en la Universidad de Salamanca; el segundo, Don Martín, fué caballero de San Juan, Maestre de la misma Orden, Gran Prior de Navarra y Virrey de Sicilia (1); el tercero, Don Miguel Adrián, sirvió en los ejércitos de Flandes y de Italia y llegó á ser Almirante de la Armada Real, cargo que desempeñaba cuando murió en la Habana combatiendo con los navíos holandeses; y, por último, Don Tiburcio, cuya fama había de superar á la de todos sus hermanos. Las hembras fueron tres; calla la crónica los nombres de las dos primeras, aun cuando dice que la una ingresó en el monasterio de Lumbier y la otra en el convento de Carmelitas Descalzas de Pamplona, y

(1) Véase Nota 3.ª

agrega que la tercera, que se llamó Doña Rosa, fué sucesora de Don Tiburcio y estuvo casada con Don Fausto Francisco de Lodosa, Señor de Sarriá y Copero mayor del Rey de Navarra.

Falleció el Señor de Redín dejando muy jóvenes á sus hijos y encargóse la madre de su educación, en la que puso el celo y la energía que pudiera haber puesto el padre más severo, porque es de saber que era doña Isabel de varonil carácter y que, al decir del autor de esta historia, temíanla sus hijos «más que á numerosos escuadrones». Cuéntase de ella que yendo un día de visita á casa de la virreina, la dueña que había de anunciarla hízolo diciendo que estaba allí la madre del Gran Prior, palabras que la enojaron hasta el extremo de que, atropellando todo miramiento, entró dando voces por la sala, y encarándose con la inadvertida dueña exclamó:

—«¡Sabed para otra vez que no os »suceda dar un recaudo como éste! Yo »por mí misma supongo, sin que ne»cesite de mi hijo, al que se ha de co»nocer por serlo de doña Isabel de »Cruzat, mas no á mí por ser madre »del Gran Prior de Navarra». Y muy al cabo de ello debía de estar el Prior desde que en una ocasión, teniendo ya la citada investidura, y hallándose á la mesa, por haberse descuidado en medir el tono de sus palabras, le tiró Doña Isabel con tremenda furia el cuchillo que tenía en la mano, y si no lo descalabró, no fué por no haber hecho por su parte todo lo que pudo.

Descubrió Don Tiburcio desde muy niño decidida inclinación á la carrera de las armas, y á los catorce años solicitó y obtuvo la venia de su madre para marchar á la guerra de Italia, siendo doña Isabel quien le ciñó la espada y le impuso en las obligaciones que á partir de aquel momento con-

traía para con Dios y para con los hombres, con tal conocimiento de la materia y en términos tan adecuados, que en ellos no hubiera podido poner tilde ni reparo alguno el maestro de ceremonias más conocedor de los ritos y solemnidades de la orden de caballería.

II

Proezas de Don Tiburcio en Italia; recompénsale el Rey con el empleo de Alférez y con un hábito de Santiago; sigue la *carrera de Indias;* genio endemoniado de Don Tiburcio de Rendín; cuéntase cómo apuñaló á un soldado nadando en alta mar; pasa al ejército de Portugal con el empleo de Capitán de Infantería de picas.

Partió, pues, Don Tiburcio para Milán donde á la sazón se encontraba su hermano Miguel sirviendo como Capitán de Infantería bajo las banderas del Marqués de la Hinojosa; sentó plaza en cuanto tuvo la edad suficiente; hizo toda la campaña que de 1613 á 1617 sostuvieron nuestros ejércitos contra el turbulento Duque de Saboya y en

los seis meses que duró el sitio de Vercelli mostró denuedo singular; se le buscaba siempre para los pasos de mayor compromiso, siendo uno de los veinte soldados elegidos para tomar el reducto de San Andrés y desalojar al enemigo de la estrada cubierta en que se había parapetado; sorprendió el socorro de pólvora que el Duque de Nemours enviaba al de Saboya, y sus prodigiosos bríos el día del asalto valiéronle, según el cronista, el renombre de *Júpiter hispano* y que el Rey le concediese un hábito de Santiago(1), juntamente con el empleo de Alférez en la compañía que mandaba su hermano Don Miguel.

Tres años más tarde, ó sea en 1620, le hallamos ya nombrado *Capitán de Mar y Guerra* para La Margarita, cargo con el que empezó á servir en la *carrera de Indias,* (en la que estuvo

(1) Véase nota 4.ª

hasta 1624) y á demostrar que tenía igual disposición para las empresas de mar que la que antes probara para las de tierra, pues en uno de sus primeros viajes, y como se hubieran encontrado con ocho bajeles cerca de Las Terceras, su General le confió el reconocimiento, que no sólo hizo con pericia consumada, descubriendo la cantidad y calidad de las fuerzas del enemigo, sino que se tomó como base para preparar una defensa eficaz y vigorosa.

Estos rápidos progresos, unidos á la impetuosidad de su temperamento, debieron de hacer de nuestro héroe un valentón formidable, de la especie de aquellos bravos de que nos habla nuestra literatura en cuyo fondo aparecía una mezcla curiosísima de caballero y de pícaro. Era Don Tiburcio de Redín hombre de talla regular, facciones pronunciadas, pero vulgares; pómulos prominentes, larga nariz, pelo castaño

peinado en cumplidas melenas, bigotes de altas guías y perilla corta; su fruncido entrecejo y sus ojos de duro y sombrío mirar, con asomos de insolencia, dábanle cara de pocos amigos, y su continente enérgico, aunque ordinario, cierto aire de jaque á toda su persona (1).

Fué verdaderamente — nos dice el P. Anguiano—«de natural ardimiento »y tan predominado del humor de la »cólera, que se arrebataba de ella con »suma vehemencia y prorrumpía en »extremos terribles». Bien lo demostró un día que viniendo de las Indias y habiéndose recostado en una silla á dormir la siesta, turbáronle el reposo dos soldados que á grandes voces disputaban; levantóse á ponerlos en paz y luego volvió á su sitio con ánimo de reanudar el sueño; segunda vez tornaron los soldados á su disputa y

(1) Véase nota 5.ª

por segunda vez también Don Tiburcio logró acallarlos; pero como aquellos renovasen las voces con mayor estrépito cuando apenas había pegado los ojos, salió airado contra el que juzgaba promovedor de la trifulca, quien, al verlo venir, comprendió que no tenía más salvación que tirarse de cabeza al mar; aunque ni esto siquiera le valió, porque el feroz Don Tiburcio, arrojándose tras él, pudo alcanzarlo á nado y le dió de puñaladas.

Felipe IV le concedió licencia para levantar una compañía de doscientos cincuenta infantes, con sueldo de veinticinco escudos al mes, y luego sirvió en Portugal á las órdenes del Marqués de la Hinojosa, como Capitán de Infantería de picas, siendo memorable su arrojo un día que salió de Lisboa en persecución de tres navíos ingleses, peleó con ellos, desarbolaron la nave en donde iba, regresó al puerto y, á pesar de hallarse herido, volvió á embar-

car con Don Antonio de Oquendo en el galeón *Nuestra Señora de Atocha* y dió alcance á los enemigos junto al cabo de San Vicente, obligándolos á retirarse mar adentro con grandes pérdidas en la tripulación y considerables destrozos en los barcos.

III

De otros ejemplos que comprueban que el carácter de Redín era de todo punto inaguantable; legendarias camorras en casa de *Zapatilla;* interviene la Sala de Alcaldes y Alcaldes y Sala quedan completamente en ridículo; Don Tiburcio se ve obligado á salir de la Corte.

A fines del 23 ó principios del 24, época en que Redín gobernaba las *banderas* de Cádiz, obtuvo nuevo permiso del Rey para reclutar en Sevilla una compañía con destino á la *Armada del Sur*, pero, por no estar pronto el despacho, solicitó servir en *la del Océano.* Por cierto que, hallándose en Madrid, sin duda, á sus pretensiones, ocurrióle un lance que muestra bien á las claras lo colérico de su carácter.

Entró Don Tiburcio en una casa de las llamadas *de conversación*, de la que era dueño un belitre conocido con el apodo de *Zapatilla*, y halló á varios caballeros que, sentados junto al fuego de la chimenea, charlaban amigablemente; éstos, al verlo entrar, se apresuraron muy corteses á ofrecerle sus sitios respectivos, y sólo uno de ellos, que se las echaba de valiente y presumía de espadachín, permaneció sin moverse de su asiento, por lo cual Don Tiburcio arremetió contra él y levantándolo en la misma silla lo arrojó de ella al suelo, diciendo:

— Muchas gracias, señores; pero ésta es la silla que me toca y en ella he de sentarme, aunque pese á la Bula de Cruzada.

Y no fué aquella la única hazaña que realizó en la casa, porque se cuenta también que al pasar una vez con varios camaradas cerca de San Ginés, y encontrando á un labrador

que vendía perdices, dijo á los otros:

—Ea, aquí hay perdices para todos. Si les place á vuestras mercedes, podremos rifarlas en casa de *Zapatilla*.

Parecióles bien á los demás, y llegados al garito, pidieron naipes y comenzaron el juego. Reciente estaba una orden del Rey para que se procediese sin contemplación á prender á los militares á quienes se hallare en tales casas, y alguien debió de dar el soplo de que en la de *Zapatilla* acababan de entrar los alegres compañeros, porque no bien habían echado las primeras manos, se presentó en la sala un alcalde, seguido de los correspondientes alguaciles y oficiales, á cuya vista levantáronse todos los jugadores, menos Don Tiburcio, que con gran flema y como si nada ocurriese, descubrió sus cartas, y dijo:

—Flux tengo; mías son las perdices.

Luego, mirando al alcalde, le preguntó con cierto tono de zumba:

—¿Qué es lo que vuestra merced manda?

—Tengo orden de Su Majestad—respondió el alcalde—de prender á los militares que halle jugando en casas como ésta.

—El Rey, mi señor—replicó Don Tiburcio—, no prohibe á sus soldados los entretenimientos decentes.

Y como viese que el alcalde se disponía á contestar de nuevo y que los corchetes iban tomando las salidas, echó al aire la espada y comenzó á repartir tajos á diestro y siniestro, de suerte que alcalde, alguaciles y oficiales bajaron la escalera en confuso tropel, despejando á buen paso la casa y aun la calle. Querellóse el asendereado ministro de justicia; la Sala de Alcaldes hizo al Rey consulta de aquel caso, y por más que algunos amigos aconsejaron prudentemente á Don Tiburcio que se ausentase de la Corte, se negó á ello obstinadamente, aunque para sa-

lir de casa se viera como se vió obligado á disfrazarse y á alquilar una *silla de enfermería* en la que se hacía conducir á modo de paralítico; pero, al cabo, el hecho se divulgó por Madrid, y por causa del escándalo que produjo, tuvo que huir de la villa y acogerse á la Armada Real; con esto, y con haber dicho el Rey que el agravio de los alcaldes *corría por su cuenta*, que era lo mismo que decirles que se aguantasen, se echó tierra sobre el asunto.

IV

Hechos de armas de Don Tiburcio durante su servicio en la *Armada del Océano*; viene á Madrid y Felipe IV le demuestra su regia estimación; de cómo Don Tiburcio, por un quítame allá esas pajas, armó una pelotera con un famoso Alcalde de Corte; asiste á la jornada contra los franceses y gana el empleo de Maestre de Campo; procedimiento expeditivo usado por Redín para obtener en el acto un testimonio de sus hazañas.

Sirvió Don Tiburcio en la *Armada del Océano* hasta el año 1628, y durante este tiempo llegó á ser por su valor y arrestos temerarios el asombro de sus compañeros de armas. De 1628 á 1635, tomó parte muy principal en varios hechos de importancia, según las certificaciones del General Martín de

Vallecilla y las de los Maestres de Campo Don Francisco Mexía y Don Luis de Rojas, por las que consta que peleó en la isla de Las Nieves contra nueve galeones ingleses, siendo el auxiliar más poderoso que tuvo Don Antonio de Oquendo para ganar aquella isla; que en la de San Cristóbal hizo la descubierta y tomó á los franceses la fortaleza que ocupaban, y que en la de San Martín, al frente de una compañía de arcabuceros, marchó á la vanguardia de las tropas, como encargado de atacar la muralla, y que aunque le hirieron en el pecho y en un brazo, logró rendir al enemigo tras de haber hecho á éste muchas bajas y matado de un balazo al Gobernador.

Las proezas de Don Tiburcio llegaron á oídos de Felipe IV, y tanto el Rey como el Conde-Duque de Olivares le tuvieron desde entonces en grande estimación, demostrándole su afecto en varias ocasiones; y así, nos dice su cro

nista que cuando volvió á la patria de regreso de la isla de San Martín, vino á la Corte á besar la mano á Su Majestad, quien le regaló una cadena de oro, que juntamente con numerosas cartas del monarca y del privado, conservaba aún la Casa de Redín en el año 1704.

Pero no salió de Madrid sin dejar memoria suya. Una noche, paseando con tres amigos, toparon al volver de una esquina con la ronda de un famoso alcalde, llamado Beas Vellón, y éste, dirigiéndose al grupo, preguntó:

—¿Qué gente?

—Militares—contestó Don Tiburcio.

—¿Qué militares?

—Don Terencio, Don Fulgencio, Don Fermín y Don Tiburcio de Redín.

—Tanto *tín, tín, tín*—dijo el alcalde, reconociéndolos y como por broma—, parece jerigonza. Pero Don Tiburcio, que, por lo visto, no estaba de humor para ello, exclamó:

—¡Voto á Cristo! ¡Qué más jerigonza que Beas Vellón!—; y tirando de espada, así como sus amigos, la emprendieron á cintarazos con alcalde y alguaciles, poniéndolos en precipitada fuga (1).

Estuvo luego Don Tiburcio en la jornada contra los franceses (2), en la que ganó el empleo de Maestre de Campo, y con tal motivo, certifica el Marqués de Valparaíso que Redín sirvió «debajo de su mano en la entrada que hizo »en Francia, y que se halló en ella en »cuanto se ofreció en servicio del Re »como muy valeroso caballero y gran »soldado, reconociendo siempre los »puestos peligrosos»; que entró el primero «en las villas de *Orruña, Ciburu* »y *San Juan de Lus* y en el fuerte de »*Zocoa*, y perseveró hasta que se toma»ron y rindieron»; que asimismo, «ha-

(1) Véase Nota 6.ª

(2) Véase Nota 7.ª

«biendo el enemigo cortado un puente »por donde había de pasar nuestro »ejército, hallándonos imposibilitados »de poderlo hacer por entonces, su »gran diligencia, sagacidad y solicitud »supo hallar un barco grande con que »pasó el ejército»; que tomadas dichas villas, le ordenó «que fuese á parla»mentar con los Cabos de dicho fuerte »de Zocoa, y lo ejecutó con gran satis»facción suya y con singular sagaci»dad, prudencia y celeridad... abrevian»do el tiempo, que fué negocio de gran»de importancia para nuestra conve»niencia y de nuestras Armas». Tales son los extremos acerca de los que certifica el Marqués de Valparaíso; pero lo más notable del caso es el modo que tuvo Don Tiburcio de obtener el documento correspondiente á uno de aquéllos. Acababa de contener el paso del enemigo por el puente de Zocoa, y sin aguardar á más, se dirigió al marqués, que era el General del ejército, y le

pidió que *luego, allí mesmo, sin más dilación*, le diese testimonio del hecho; contestó aquél que se lo daría cuando hubiese mayor comodidad para ello; insistió el otro en que había de ser entonces, y el marqués, ofendido por la urgencia de la demanda, lo amenazó con castigar severamente su atrevimiento; pero algo debió de leer el noble General en la mirada de Don Tiburcio, cuando creyó mejor y más prudente partido envainar la espada, tomar los pacíficos trebejos de escribir y extender en el acto el testimonio que se le pedía (1).

(1) Véase Nota 8.ª

V

Nárrase cómo Don Tiburcio metió en un puño á los jueces de Sevilla y encima se mofó de ellos; le sale mal una aventura con una dama de la misma ciudad; los sevillanos piden la cabeza de Redín, pero éste logra escaparse; el irascible y colérico Don Tiburcio intenta, en venganza, bombardear á Sevilla; lógrase, por milagro, evitar tan formidable salvajada.

Todos estos hechos concurrieron á aumentar la fiereza de la condición de Don Tiburcio, siendo de advertir que la actividad que desplegaba en la milicia no le restó un ápice de sus bríos para otro género de aventuras, especialmente cuando eran de aquellas en que había aliciente de golpes y cuchilladas.

Cuéntase que en cierta ocasión en que estuvo en Sevilla, uno de sus soldados cometió una muerte, y habiendo caído en poder de la justicia, se le probó el delito y lo condenaron á sufrir la última pena. Redín, aunque lo supo, no quiso darse por enterado hasta el día en que al reo se le notificó la sentencia; pero cuando ya lo preparaban para ponerlo en capilla, recibió el presidente de la Sala un recado de Don Tiburcio, pidiéndole que inmediatamente le entregase el reo, pues á él sólo correspondía, por fuero militar, el conocimiento de la causa. Negóse á ello el presidente, y entonces Don Tiburcio, ciego de cólera, se encaminó á la Audiencia y entró en la sala en donde se hallaban los jueces, reclamando á su soldado con grandes y descompuestas voces; volvieron aquéllos á denegar la petición, y al oirlo Don Tiburcio, apelando al último argumento, se dispuso, espada en mano,

á cerrar contra los asombrados juzgadores, quienes «como cuerdos — dice »el P. Anguiano —, y noticiosos de la »fuerza de ánimo de Don Tiburcio y »también del gran séquito que tenía, »acordaron que se le entregase el »preso». Llevólo al cuerpo de guardia y, dejándolo allí, volvió de nuevo á la Audiencia con el bellaco propósito de ver si los alguaciles, que estaban á la puerta, proferían alguna palabra que le diese pretexto para repartir unos cuantos reveses, pues, como dice también su biógrafo, «no había rato para «él más gustoso que andar á cuchi»lladas con los Alguaciles, á los que »tenía nativa antipatía»; pero ellos, que, sin duda, eran no menos cuerdos que los jueces, se libraron muy bien de desplegar los labios; y como en esto saliesen ya los magistrados á tomar sus coches, Don Tiburcio les fué saludando con fingidos extremos de cortesía y con muestras de cómico res-

peto, para mayor ludibrio de aquellos míseros representantes de la justicia humana.

Verdaderamente legendaria debió de ser la fama que dejó en la hermosa capital andaluza, ciudad que estuvo una vez á pique de ser blanco de sus iras por consecuencia de una de las más ruidosas aventuras de nuestro héroe. Ocurrió el hecho del siguiente modo:

Andaba Don Tiburcio enamorado de cierta dama casada, perteneciente á una de las más linajudas familias sevillanas, y acaso por haber interpretado mal algún gesto ó mirada de aquella ilustre señora, se atrevió una noche á entrar en su casa, creyendo cosa llana el logro de sus deseos. Los criados, al ver al intruso, que con insólito desenfado allanaba la morada, avisaron á su amo, y éste, con la indignación que es fácil suponer, salió al encuentro de Don Tiburcio. Las voces de los sir-

vientes, las amenazas del marido y los juramentos del galán, reunieron en el lugar donde se desarrollaba la escena á buen número de vecinos, que, á su vez, comenzaron á gritar pidiendo la cabeza del ofensor, quien, viendo el negocio mal parado, buscó la salida y pudo escapar protegido por las sombras de la noche. Parecióle, sin embargo, que aquella fuga era una mengua para su nombre, y dispuesto á no dejar la ofensa sin venganza, dirigióse al Guadalquivir y embarcó para Cádiz, adonde llegó en las primeras horas de la madrugada (1); acto seguido se avistó con el General de la Armada, pidiéndole cuatro bajeles de guerra, con pretexto de un gran servicio del Rey, que supo pintar con todas las circunstancias de verosimilitud para dar

(1) Esto lo asegura el P. Anguiano, pero si fué así, mucha prisa tuvo que darse Don Tiburcio y mucho tuvo que andar el barco en que navegaba.

al relato apariencia de verdadero. El General, creyéndole lo que decía, accedió á la petición, y Don Tiburcio, sin perder momento, se puso con sus barcos en camino de Sevilla, preparando á las tripulaciones en zafarrancho de combate, con ánimo decidido de cañonear la ciudad tan pronto como llegasen, porque no más blando castigo merecía, á juicio suyo, el pueblo que intentara echar tamaño borrón como aquel sobre su fama. Por fortuna, el Asistente de Sevilla se percató á tiempo del propósito, y marchando aceleradamente al navío en que Don Tiburcio se hallaba dando las últimas órdenes, pudo convencerle, no sin mucho trabajo, de lo descabellado y bárbaro de aquel intento, que, aunque parezca extraño, no tuvo más consecuencias para Redín que una ligera reprensión.

VI

Otras hazañas de Redín.—Llámale Felipe IV á la Corte y le nombra *Gobernador Absoluto* de la nueva Armada de Cataluña; el Conde-Duque de Olivares retarda el despacho de este asunto; pierde Don Tiburcio la paciencia y *atraca* al de Olivares en las Cuatro Calles; huída de Don Tiburcio para las Indias.

Prosiguió su carrera militar siempre con el mismo arrojo y con igual fortuna, y regresando una vez de las Indias arribó á las costas de Valencia, donde hallaron dos fragatas de corsarios moros, de la compaña de *Vincenti*, famoso ladrón de mar y tierra, que les pusieron en grave aprieto, pues eran aquéllas de mucho porte, y la nave en que Don Tiburcio venía, pequeña y mal pertrechada. Entraron en

consulta los principales caballeros y soldados y opinaron que debía huirse el lance, en vista de las malas condiciones de la embarcación; tuvo el de Redín el parecer contrario, y oyendo que los otros se obstinaban en sostener el suyo, montó en cólera y dijo que su última resolución era pelear hasta morir y que así había de hacerse, pesase á quien pesase Los demás, esforzados por los alientos de Don Tiburcio, ó bien porque su conducta no se achacase á cobardía, resolviéronse á jugar el todo por el todo, y la nave presentó el combate á los piratas, los cuales, al verlos venir contra ellos, juzgaron la presa completamente segura. Reñida y sangrienta se trabó la lucha; pero gracias á la pericia que mostró en ella Don Tiburcio y al partido que supo sacar de los escasos medios de que disponía, los moros, para no ser apresados, se dieron á la vela en abierta huída.

Felipe IV, cuando conoció aquel hecho valeroso, quiso recompensarlo con el premio que merecía, y llamando á Don Tiburcio á la Corte, oyó de sus labios la narración de la hazaña y le hizo merced del cargo de *Gobernador Absoluto* de la nueva Armada que por disposición de los Consejos de Guerra y Estado iba á construirse en Cataluña. Firmado el título, encomendó al Conde Duque el *avío* de Don Tiburcio; pero Olivares retardaba el despacho de tal modo, que el agraciado, después de intentar repetidas veces hablar con él sin conseguirlo y de dirigir varias instancias al monarca, que éste remitía siempre á su primer ministro, acabó por agotar el escaso caudal de paciencia de que el cielo le dotara, y determinado á todo trance á que le oyese el Conde-Duque, se situó en las Cuatro Calles, por donde había de pasar, como lo tenía de costumbre cotidiana, al ir á ver las obras que por entonces se es-

taban haciendo en el Real Sitio del Buen Retiro. Llegó, en efecto, el privado, y Don Tiburcio, con aire resuelto, mandó á los cocheros que parasen, alegando que tenía que hablar con su señor. Como era de esperar, no le hicieron caso alguno, y en su vista, poniéndose al paso de los caballos, cortó á cuchilladas los tirantes que los unían al carruaje, logrando por este sencillo procedimiento que aquél se detuviese. Acto continuo, se acercó al estribo y habló al privado, «haciéndole cargo »de su tardanza y de que no hubiese »dado cumplimiento á los apretados y »repetidos decretos que tenía del Rey, »ni haberle concedido una audiencia »en tanto tiempo», y se despidió diciéndole «que si Su Excelencia no tra»taba de despacharle luego, se retira»ría á su casa». No hay para qué ponderar la sorpresa de Olivares ante aquel verdadero salteador, aunque quizá, por no tenerlas todas consigo, apa-

rentó oirle con tranquilidad y afecto, y hasta procuró sosegarlo, prometiéndole la brevedad en la resolución, si bien, así que se vió libre del peligro, concibiese el firme propósito de castigar severamente la osadía intolerable de Don Tiburcio; pero éste tuvo noticia de ello, y no dudando de que por muy bravo que se sea, los pies son á veces de grande utilidad, salió por la posta para Cádiz, en cuyo puerto se embarcó para las Indias.

VII

Redín es detenido en Panamá y obligado á regresar á España; memorable presa que hizo en la travesía; vuélvelo el monarca á su gracia y confírmale el nombramiento para la Armada de Cataluña.

A poco de estar en Panamá, lo encontró el nuevo virrey del Perú, que acababa de llegar de España, y le comunicó la orden que llevaba para prenderlo y restituirlo á la Península; sin embargo, por tratarse de un preso de calidad, se buscó el medio de que hiciese el viaje con decoro, y para ello le nombró el virrey capitán del navío de guerra que, como era costumbre, volvía á España siempre que los ga-

leones arribaban á aquellas tierras, dejándole que escogiese la nave que quisiera y advirtiéndole de que iba á correr algún riesgo, porque se sabía que un barco holandés se hallaba apostado en espera de su paso. Don Tiburcio entonces concibió su plan, pensando muy cuerdamente que sólo un lance de fortuna y de valor podía ganarle otra vez la gracia que perdiera en la Corte, y, madurada bien la idea, en lugar de escoger una buena embarcación, eligió la más *pesada* y *zorrera,* hizo cargarla de lastre, para que pareciese llena de inmensas riquezas, y mandó *clavar la artillería* con el fin de impedir el juego de los cañones. Con semejante armatoste, se dió á la vela, y en cuanto salieron del puerto, instruyó á la tripulación en los detalles de lo que se había de hacer.

Dos días llevaban de navegación, cuando descubrieron el navío holandés, que á todo trapo se dirigía á ellos.

Dejáronlo llegar, y una vez que estuvieron al habla, arriaron las velas y pidieron cuartel á los holandeses, merced que éstos no dudaron en concederles, satisfechos de lo fácil de la presa. El capitán del barco enemigo ordenó echar la palamenta, y seguido de muchos de los suyos, pasó á la nave española, donde le dijeron que el capitán de ella estaba en cama muy gravemente enfermo. Entró en la cámara de Don Tiburcio y lo halló, en efecto, acostado en su lecho; pero así que vió entrar al holandés, sacudiendo las ropas é incorporándose rápidamente, lo dejó tendido de un pistoletazo. El tiro era la señal para que los soldados españoles, que estaban prevenidos en sus puestos, saltasen á la otra nave; delante fué Don Tiburcio, y mientras los que quedaron peleaban bravamente con los que antes habían invadido el barco, ellos hicieron gran matanza de los que estaban en el bajel corsario.

En fin, cuando los enemigos, viendo que llevaban la peor parte, quisieron emplear la artillería de los nuestros, encontráronla clavada y no tuvieron más remedio que entregarse á discreción. Don Tiburcio apresó la nave, y con ella y con la suya llegó á Cádiz, enviando en seguida á Madrid la noticia del suceso. Felipe IV, creyendo que era suficiente compensación de la falta cometida, le llamó á la Corte, volvió á otorgarle su favor, arregló sus diferencias con el Conde-Duque y le hizo confirmación del nombramiento para la Armada de Cataluña, á la que pasó á prestar sus servicios.

PARTE SEGUNDA

EL CAPUCHINO

I

De una trifulca que varios lacayos tuvieron en la Puerta del Sol; Don Tiburcio quiere meterse á redentor y le hienden el cráneo de una pedrada; desáhucianlo los cirujanos y, naturalmente, Redín se cura; transformación que la enfermedad operó en el carácter de nuestro héroe; comienza Don Tiburcio á pensar en las cosas de ultratumba con verdadero encarnizamiento; retírase á su país natal y al poco tiempo se hace capuchino, tomando el nombre de Fr. Francisco de Pamplona; de los temores que, al saberlo, tuvo un amigo de Redín.

Algún tiempo después, apareció de nuevo Don Tiburcio en Madrid, en donde un suceso inesperado vino á poner término á su carrera militar y á todas sus mundanas aventuras.

Noticioso cierto día de que los criados de la Princesa de *Cariñana* (Carignano

ó Cariñán) habían armado una pendencia con los de otra casa aristocrática, y que la Puerta del Sol, que era el lugar que escogieron para ventilar el pleito, se hallaba convertida en campo de Agramante, montó á caballo y, escoltado por sus lacayos, dirigióse allá, con ánimo de prestar el esfuerzo de su brazo al uno ó al otro bando, ó quizá con el de apalear á los dos; mas apenas llegó, le dieron tan formidable pedrada en la cabeza, que cayó á tierra ensangrentado y sin dar señales de vida. Lleváronlo á casa, acudieron los cirujanos, y después de examinar la herida y el pulso, juzgaron que era caso desesperado. No obstante, al levantarle el apósito, pudo apreciarse alguna mejoría, que, aunque muy lentamente, continuó acentuándose hasta su completa curación.

Salió Don Tiburcio totalmente transformado de la enfermedad, pues tanto en el curso de ella como en el tiempo

que duró la convalecencia, no hizo otra cosa que encomendarse á María Santísima y á todos los santos y santas de la Corte Celestial, con gran sorpresa de los amigos que le rodeaban y con no menor contentamiento y alborozo de su cronista el P. Anguiano, que asió esta feliz ocasión de los cabellos para bendecir la pedrada, por no caberle duda alguna de que hahabía sido Dios mismo el que la disparó, y para mostrar, de paso, su erudición asombrosa hablando de San Pablo y de la Magdalena, de Lázaro y de las naciones bárbaras, del Pontífice San León y de Lucano, de San Pedro Crisólogo y de Abraham, de Judit y de San Bernardo, de los cuatro Evangelistas y de Don Fernando III de Castilla, de los escribas y fariseos y hasta del propio Nabucodonosor, rey de Babilonia, en párrafos exuberantes, sí, de sana y santa doctrina, pero de mazorral complexión y claveteados á con-

ciencia con sus buenos latines de breviario (1).

Ello es que Don Tiburcio quedó muy otro de lo que ser solía, y encendiéndose en él cada vez más la llama de la fe, decidió apartarse de los muchos peligros de la Corte y establecerse en Pamplona, su ciudad natal, donde comenzó á frecuentar las iglesias, á ejercitarse continuamente en actos de devoción y á meditar en la vida eterna, con lo que iba viendo claro el tiempo que había perdido para las buenas obras, el terreno que se dejara ganar del demonio y lo mucho que le era preciso hacer para salvar su alma. Estos graves pensamientos condujéronlo una tarde de Mayo hasta las puertas del convento de capuchinos (2); preguntó por el P. Guardián, bajó éste de su celda, y cuando se quedaron solos, díjole Don Tiburcio, sin más ambages ni

(1) Véase Nota 9.ª

(2) Véase Nota 10.ª

rodeos, que quería ser religioso lego de San Francisco. Procuró el Guardián disuadirle, por si se trataba de alguna resolución precipitada, pero habiendo insistido Don Tiburcio en sus pretensiones tanto aquel día como otros muchos que volvió á conversar con el fraile, éste se las comunicó á sus superiores y éstos, á su vez, se encargaron de obtener del Provincial el permiso necesario. Arregló el de Redín sus asuntos seculares, y el 26 de Julio de 1637 recibía el hábito de novicio en el convento de Tarazona, cambiando su nombre, conforme á la práctica de la Orden, y llamándose desde entonces Fray Francisco de Pamplona.

Profunda sensación causó el suceso en cuantos conocían á Redín, hasta el punto de que hubo un caballero de la Corte que, por no querer creerlo, hizo un viaje á Tarazona con el exclusivo objeto de cerciorarse del caso, y después de haber visto á Don Tiburcio con

el hábito y hablado de ello con el Obispo de la diócesis, dijo así: «Alabo á »Dios y venero sus altas disposiciones; »mas no puedo dejar de compadecerme »de estos pobres religiosos, porque temo, según conozco su natural, que »han de tener mucho que sufrirle y que »algún día, llevado de su cólera, haga »pedazos las ollas y los platos y á ellos »los muela á palos y á golpes».

II

Ejemplar noviciado de Redín; horrorosos disciplinazos que se daba y terribles escrúpulos que le asaltaron; preséntase en paños menores á la hora de maitines y hácese aplicar una somanta de vergajazos; profesión de Don Tiburcio.

A pesar de estos temores, hizo Don Tiburcio el noviciado con toda perfección; aprendió la regla de memoria; declaró cruda guerra á sus pasiones, demostrando continuamente con suspiros y sollozos lo fervoroso de su arrepentimiento; de los suspiros pasó á los estrechos ayunos, y de los ayunos, á los crueles disciplinazos, en los que tuvo que intervenir la comunidad, porque aquello, más bien que de una

penitencia, ofrecía los alarmantes caracteres de un verdadero suicidio ó, por lo menos los de una bárbara y estúpida tollina. Empezó á sentir escrúpulos y á ver en todo ocasiones de pecado, y como oyese una vez la plática que el maestro de novicios hacía sobre la doctrina tomista de los *actos indiferentes,* se le atarugó de tal modo, que dió por cosa resuelta que ya no había salvación posible para él. Por más que el maestro procuró templar los rigores de aquella doctrina con las más tranquilizadoras de Scotto y de San Buenaventura, no pudo conseguir que se serenase del todo el ánimo de Redín, y así, una noche, para castigar su soberbia, presentóse en paños menores en el coro á la hora de maitines, y echándose á los pies del prelado, le suplicó con muchas instancias que, á cuenta de sus culpas, le diese ciento ó doscientos azotes; ordenóle el prelado que se fuese á vestir, pues no era

aquélla hora de azotarse; pero Don Tiburcio respondió que él no se levantaría de allí hasta lograr lo que pedía; por lo cual, y para que pudiera comenzar el rezo, no hubo más remedio que mandar á un novicio que, á modo de antífona, le aplicase unos cuantos correazos en el envés.

Siguió Don Tiburcio edificando con su conducta á todos los hermanos del convento, y, cumplido el noviciado, profesó solemnemente como religioso menor en el *Paraíso Seráfico de la Capucha* (según la inspirada y ática frase del P. Anguiano), el año de gracia de 1638.

III

Austeridad de Fray Francisco de Pamplona; su harapienta indumentaria; procedimiento á que apelaba cuando, de orden superior, no tenía más remedio que lavarse los pies; nauseabunda alimentación de Don Tiburcio y de cómo no pudo renunciar al vino; públicas penitencias que hacía y despreciable idea que formó de sí mismo. Furibundos garrotazos que Fray Francisco descargó sobre unos soldados en el mesón de Cortes.

Si grandes habían sido el fervor y la austeridad de Don Tiburcio cuando novicio, grandes fueron también las penitencias á que se sometió después de profeso. Vestía ropa interior de anjeo ó de arpillera; mortificaba su cuerpo con cilicio; iba descalzo, sin cuidarse de la gota que padecía; no se lavaba

los pies, y «si tal vez era preciso la-
»várselos — dice su biógrafo, viendo
»en ello un acto meritísimo, aunque ex-
»traño—, ó porque lo mandaba el pre-
»lado, ó por urgente necesidad, lo que
»hacía era ir al lugar comun y tomar
»una escoba de rama y mojarla en agua
»y lavarse con ella»; buscó la celda
más estrecha y la cama más incómoda,
en la que puso por almohada un made-
ro cubierto con un mugriento pedazo
de sayal; su comida era una taza de po-
taje aderezado con ceniza unas veces,
otras, con ajenjos, y su cena una lechu-
ga; al vino no pudo renunciar del todo,
pero lo libaba con extraordinaria par-
simonia; fregaba las ollas de la comu-
nidad; propinábase cada día tres disci-
plinas *de sangre;* salía con frecuencia
por las calles, desnudo de medio cuer-
po arriba, azotándose sus espaldas, ha-
ciendo pública penitencia é insultán-
dose horrorosamente, porque es de
saber que tenía tan baja y despreciable

idea de sí mismo, que á todas horas y con cualquier pretexto, se llamaba vilísimo pecador, muladar de vicios, albañal inmundo, costal de basura y miserable.

De esta manera domaba Don Tiburcio sus ímpetus, y si bien es cierto que á las veces surgían en él vestigios de su antigua condición, consta que era muy de tarde en tarde y nunca sin motivo muy calificado. Así, por ejemplo, hallándose en el convento de Tudela, le ordenó el P. Guardián que se trasladase con otro religioso á pedir limosna á la villa de Cortes, y al llegar á la casa donde acostumbraban á hospedarse, que era de una viuda, hallaron á ésta y á sus criadas presas del mayor sobresalto, á causa de que unos soldados que allí alojaban, faltando á los deberes de la hospitalidad, pretendían abusar de ellas inicuamente. Reprendióles Don Tiburcio sus bellacos intentos, y les advirtió de la gran responsabilidad que

contraían para con los hombres, de la ofensa que inferían á Dios y de las estrechas cuentas que, así en esta como en la otra vida, habrían de exigírseles; pero los soldados, que por no estar hechos á estas pláticas las reputaban como mística monserga, burláronse del fraile con las palabras más soeces, y no contentos con decirle entre juramentos, ternos y blasfemias que aunque pesase á todos los franciscanos del Viejo y del Nuevo Mundo, se saldrían con la suya, hubo quien se propasó á abrazar en su presencia á una de las mozas; en vista de ello, Don Tiburcio mandó á las hembras que despejasen la habitación, y sin más armas que su báculo de fresno, cerró con tanta destreza contra aquellos bergantes, que á pesar de que sacaron las espadas, no lograron inferirle el más leve rasguño, y él, en cambio, tras de molerlos á todo su sabor, les hizo bajar á coces la escalera y rodarla de cabeza.

Entre los conventos de Tarazona, Zaragoza, Tudela y Peralta pasó Redín siete años; pero luego hubo de ser llamado á más altas empresas con motivo de la obra de evangelización que su Orden realizaba entonces en Africa y en las Indias.

IV

Designan á Don Tiburcio para ir en la primera Misión del Congo; visita á Felipe IV; estupefacción que en Sevilla produjo la presencia del capuchino; cuéntase la historia de un mercader sevillano que estuvo á punto de ser arrojado de cabeza al Guadalquivir por Fray Francisco de Pamplona; llega la Misión al puerto de Pinda; apuro en que puso á la embarcación un navío holandés; Fray Francisco suelta el breviario, se ciñe la armadura, toma el mando de la nave y dirige la defensa.

A últimos de 1644, se le designó á Don Tiburcio para ir en la primera misión que con destino al Congo había sido decretada por la Congregación de *Propaganda Fide*, de la que era prefecto el P. Fr. Buenaventura de Alessano, con quien aquél vino á Madrid á

solicitar los Reales despachos y los recursos correspondientes. Felipe IV recibió al nuevo religioso con toda benevolencia, conversando con él muy largamente y admirándose del cambio radical que se había operado en su persona; al despedirse, le regaló un *Lignum Crucis* guarnecido de piedras preciosas, y no se olvidó de suplicarle que le tuviese presente en sus oraciones.

Él y su compañero emprendieron el camino de Sevilla, y cuando llegaron á aquella capital, en la que Don Tiburcio había dejado memoria imperecedera, acudió al convento un gentío inmenso á verlo convertido en fraile, por lo que el prelado, para evitar escándalos, se vió en la necesidad de prohibirle que se mostrase en las calles hasta la festividad del *Corpus*, día en que Redín salió en la procesión llevando una cruz gigantesca y produciendo con su devoto continente el asombro de cuan-

tos le conocieron tiempo atrás soldado y camorrista sempiterno.

Reunidos ya todos los misioneros, se dispuso el embarque, y Don Tiburcio, por haber sido el encargado de fletar el navío, en atención á sus conocimientos náuticos, contrató uno muy capaz y adecuado para el caso; pero, cuando el convenio estaba ya próximo á ultimarse, apareció un mercader que, ofreciendo cantidad mayor, pretendía á toda costa quedarse con la nave. Por espacio de algunos días, anduvo nuestro fraile intentando convencer al comerciante, que, cada vez más obstinado, ni escuchaba razones ni cedía en su propósito. Don Tiburcio, pesaroso de la dilación que con esto se originaba, salió una tarde con otro hermano á buscar al sujeto para ver si haciendo el último esfuerzo, lograba traerle á buenas, y hallándole en el muelle, conversó con él y le mostró la orden del Rey para que la misión saliese con

toda urgencia, porque corrían voces de que los holandeses estaban propagando en aquellas tierras su herética doctrina; mas el mercader, que era de la estirpe judía de los *Palomos* sevillanos, no importándole un comino de todas las herejías antiguas y modernas, ni de la salud espiritual de los del Congo, no solamente insistió en su idea, sino que puso de ropa de pascua á las misiones y á los frailes, hasta que Don Tiburcio, no pudiendo aguantar por más tiempo la procacidad de aquel hombre, lo cogió por los cabezones y, zarandeándolo como á un muñeco, lo llevó hasta la orilla del muelle, con el firme propósito de arrojarlo al Guadalquivir. Al verlo, el otro fraile comenzó á gritar:

—¡Fray Francisco! ¡Qué haces, hijo! ¡Déjalo, por Dios! ¡Mira que te pierdes! ¡Mira que te condenas!

Gracias á estas oportunas y piadosas advertencias, Don Tiburcio soltó

su presa, y aun se dice que pidió al mercader que le perdonase el arrebato.

El día 20 de Enero de 1645, zarpó la nave que conducía á los franciscanos. Hízose el viaje sin novedad, hasta que, llegados á la vista de Pinda (1), los inquietó seriamente la presencia de un barco holandés, cuyo objeto en aquellas aguas no era otro que el de impedir á cañonazos la competencia que pudiera hacerse al comercio de Holanda y, de paso, robar lo que se presentase á mano, según costumbre de los navegantes de su nación. No bien descubrió el bajel de los misioneros, lanzóse á él en actitud de querer apresarlo; se puso al habla, preguntaron con astucia, les respondieron con sagacidad, y viendo que no averiguaban lo que pretendían, abrieron las troneras como si quisieran pelear. El capitán es-

(1) Véase Nota 11.ª

pañol era, por lo visto, muy poco práctico en estos lances; pero sabiendo que llevaba á bordo á Don Tiburcio de Redín, rogó al prefecto que le mandase dirigir la maniobra; hízolo así el prefecto, y Don Tiburcio, obedeciendo humildemente el mandato del superior, se desnudó el sayal de franciscano y se ciñó la armadura, á cuyo contacto volvieron á su memoria las guerreras empresas en que antaño se encontrara, y recobró todo el denuedo de los buenos tiempos. Con la espada en una mano y en la otra la rodela, «comenzó á orde-»nar la gente y á repartirla en sus pues-»tos, con tal brío, que á todos infundió »ánimo, y tal, que sólo esperaban á que »comenzase el enemigo á pelear. Este, »con deseo de coger entera la presa, »hizo diferentes caracoles para reco-»nocer la gente, y como la vió puesta »en arma, no se atrevió á acometer. »Retiróse por unas cuantas veces, »como que iba á buscar socorro para

»el caso, y despues volvió. Ya por último se resolvió á echar una lancha »y llegar á bordo el Capitán holandés »para saber qué gente y qué pretensiones llevaba el católico y si tenía pasa»porte de la *Compañía de Holanda*. »Aquí usó Fr. Francisco de varias es»tratagemas para meter miedo al ho»landés, haciendo que hablasen con»fusamente muchos y variasen las vo»ces para que juzgase que había mu»cha más gente de armas y muy vale»rosa». El enemigo, en fin, no se decidió á combatir, y á la mañana siguiente, desembarcaron los misioneros, hizo Don Tiburcio la descubierta, y sin más tropiezo que uno ó dos cañonazos sin consecuencias, aunque con bala, que les dispararon los holandeses, hicieron su entrada en la *banza* ó población de Pinda (1).

(1) Véase Nota 12.ª

V

Redín es enviado á Roma á solicitar el aumento de la Misión; deshecho temporal que corrió al regresar á Europa; llega de arribada forzosa á las costas inglesas; su estancia en Londres y su expulsión de Inglaterra; andanzas de Fray Francisco hasta entrar en la Corte del Pontífice; entrevista con Inocencio X y despachaderas que en ella demostró tener el famoso capuchino; ofrécele el Papa las órdenes sagradas y á él no le da la gana recibirlas; pide y obtiene una Misión para las Indias y sale con dirección á Panamá; actividad evangelizante de Don Tiburcio.

No tardaron los franciscanos en apreciar lo magno de la labor que allí tenían que realizar, y por ello, y por considerar insuficiente el número de misioneros, dispusó el prefecto que Don Tiburcio y Fr. Miguel de Sesa marchasen á Roma á pedir al Santo

Padre el aumento de los hermanos de la misión. Regresaron á Europa los dos frailes en la misma nave que los condujo al Congo, y en la travesía sobrevino un continuado temporal de borrascas que primero les hizo encallar, y después los llevó hasta las costas de Inglaterra, en cuya capital entraron en el mes de Marzo. Fueron allí socorridos por algunos católicos; pero como las autoridades inglesas tuviesen noticia de que administraban sacramentos y ejercían otras prácticas del culto, les mandaron salir del reino. Cruzando Francia, llegaron á España y dirigiéronse á Zaragoza, donde el P. Sesa enfermó y murió á los pocos días, siendo sustituído por otro compañero, que con Don Tiburcio se puso en camino de Roma.

Inocencio X recibió al de Redín y le otorgó lo que pedía, concediéndole además licencia para otra Misión en las Indias; y descubriendo muy pronto

las dotes extraordinarias del hombre que estaba ante él, hubo de extrañarse de que no fuese más que un religioso lego. Don Tiburcio entonces hizo relación de su vida, presentándose como gran pecador, y el Pontífice, después de oirlo, le ofreció las órdenes sagradas; las renunció Don Tiburcio, insistió aquél, y nuestro héroe, para terminar la conversación, que no era de su agrado, le dijo:

«— Beatísimo Padre, yo soy un pecador de natural altivo y soberbio; así es que, si Vuestra Santidad no me ayuda á ser humilde, me perderé sin remedio.»

«—¿Tan altivo sois—contestó el Pontífice—, ó lo decís por humildad?»

«—Soy tal — replicó vivamente Don Tiburcio —, que la misma tiara de San Pedro no estará segura de mi soberbia en la dignísima cabeza de Vuestra Beatitud.»

«Edificóse de oirle el Santísimo Pa-

»dre (prosigue Anguiano) y no quiso »pasar adelante en sus intentos»; cosa que se explica perfectamente.

Vuelto á España y obtenidos del Rey los recursos necesarios, despachó Don Tiburcio los misioneros al Congo, y él, por virtud de la licencia del Papa, marchó con la otra Misión á las Indias, llegando á Panamá á principios del año 1648.

A pesar de la gota, que de día en día se le agravaba, fué realmente prodigiosa la actividad que desde dicho año hasta el de 1651 desplegó Don Tiburcio en su labor evangélica, no tanto por lo que respecta á la predicación, para la que no consta que tuviese especiales condiciones, como para acometer los muchos y rudos trabajos que á cada paso se ofrecían á los religiosos, cuyo temple era tan probado como el de los conquistadores, y cuyo carácter, aunque en el orden espiritual, no dejaba de tener alguna analogía

con el de aquellos aventureros. Estuvo Don Tiburcio en la Misión de Dariel y luego en la de la isla de La Margarita (1), donde contribuyó á la evangelización de los indios *cumanagotos, piritus, palenqueis, cachismas, chacopatas* y *maicanas;* hizo en estos tres años dos viajes á España para llevar nuevos misioneros y obtener fondos que nunca le negaba el monarca; fundó iglesias; comenzó la construcción de dos ó tres ciudades; catequizó ó domó, según los casos, á millares de infieles salvajes, y atendió, en fin, con eficaz solicitud á todos los menesteres de la Orden.

---

(1) Véase Nota 13.ª

VI

Estupendos milagros que hacían los misioneros en América; escámase el Consejo de Indias; Fray Francisco se embarca para España con el fin de evitar serios disgustos á la Orden; enferma en la travesía de mucha gravedad; admirables ejemplos de paciencia y fortaleza; desembárcanlo en el puerto de La Guaira; muerte de Don Tiburcio de Redín.

Pero el demonio se dió traza para manchar el buen nombre de los misioneros, logrando que la calumnia se cebase en ellos y que fueran culpados de hacer fingidos milagros con los que procuraban ganar el respeto de los indios. Reconocían los maldicientes que algunos eran ciertos y verdaderos, como el que se atribuyó á Don Tibur-

cio, del que se cuenta que estando un día comiendo con un gobernador de no muy limpia fama, al que trataba de traer al buen camino, cogió un pan, y estrujándolo entre sus manos, hizo que de él saliese sangre en abundancia; pero decían que otros eran de hilaza demasiado burda, y que para digerirlos no bastaba tener las tragaderas de un *chacopata*. Lo cierto es que los rumores llegaron á conocimiento del Consejo de Indias, y que los misioneros acordadon que Don Tiburcio viniese á España á parar el golpe que les amagaba y á ver si era posible conjurar la tormenta.

Embarcó Fr. Francisco en un navío cuyo capitán, llamado Juan de Montano, había militado en su tercio; en el mismo bajel venía Don Diego Radillo Arce, caballero de Santiago y Gobernador de Antioquía, quien fué observando con mucha escrupulosidad todos los hechos y dichos de Redín, que

luego le sirvieron para puntualizar la declaración jurada que de los mismos prestó en Madrid el año 1676 ante Fray Francisco de la Puente.

A los pocos días de navegación, sufrió Redín un violento ataque de gota, acompañado de fuerte calentura que se agravaba por instantes, sin que por ello le hiciesen aceptar más cama que un catre ni más ropa que una estera, porque aquella enfermedad, que él bien comprendió que era el aviso definitivo de la muerte, quiso aprovecharla también como la última ocasión que el cielo le ofrecía para probar su paciencia y la fortaleza de su ánimo; y así, dice Radillo en su citado documento que habiendo entrado un día en la cámara á preguntarle cómo le iba de su mal, le contestó:

—Muy bien, la gloria á Dios, pues desde la planta del pie hasta el extremo de la cabeza, todo es un vivo dolor.

En fin, al llegar al puerto de La

Guaira (1) era ya tan inminente el peligro, que se resolvieron á conducirlo á tierra y llevarlo á una casa, en la que se hospedaron con él Don Juan Bravo de Acuña, recientemente nombrado Gobernador de Gibraltar; Don Francisco Maldonado, Veinticuatro de Sevilla; Don Diego Radillo y algunos otros, todos los cuales le asistieron con exquisito celo hasta el momento de su muerte, ocurrida el 31 de Agosto de 1651.

Su entierro, más bien que de religioso franciscano, pareció el de un príncipe de la milicia, porque á la salida del cadáver, que era llevado por cuatro caballeros armados, hizo una salva real toda la artillería de mar y tierra, y otra al recibir sepultura en la iglesia parroquial de La Guaira, donde aún yacen sus restos mortales, pues habiéndose intentado en 1677 traer-

(1) Véase Nota 14.ª

los á España, se armó en la ciudad un gran tumulto y fué preciso renunciar á la traslación. Motivo sobrado hubo para ello, ya que, como dice el cronista de esta verídica historia, sin duda por intervención del alma de Don Tiburcio han obtenido los habitantes de La Guaira muchos y señalados beneficios, entre los que debe estimarse como principal el haberse visto libres desde entonces de los piratas y corsarios que antes los inquietaban con frecuentes saqueos y que hoy huyen de aquellas costas, temiendo acaso que el espíritu del religioso obre el prodigio de que el antiguo soldado se levante de su tumba y, espada en mano, salga á la defensa del pueblo cuya tierra hospitalaria ofreció reposo á sus cansados huesos.

EPILOGO

EPÍLOGO

EN QUE SE ACLARAN ALGUNOS EXTREMOS REFERENTES Á LA VIDA DE DON TIBURCIO DE REDÍN Y Á LOS PROPÓSITOS DE SU CRONISTA

Es completamente seguro que el P. Fr. Mateo de Anguiano aspiraba al escribir su obra á algo más que á narrar la historia de Don Tiburcio de Redín para ejemplo y edificación de los pecadores.

Si tenemos en cuenta que, como queda dicho, el año 1676 se recibió la declaración jurada á Don Diego Radillo por iniciativa del P. Fr. Francisco de la Puente, hijo, como Redín, de la provincia de Navarra y prefecto de las misiones de Cumaná y Caracas;

que en 1677 se proyectó trasladar á España los restos mortales de nuestro héroe, y que en 1685 el mismo P. Anguiano había publicado una *Relación sumaria* de su vida, según nos dice en la *Introducción* al libro á que venimos refiriéndonos, veremos claramente que la Orden tuvo vivísimo interés en que el nombre de Redín no quedase para siempre en el olvido; pero si, además, leemos la obra con un poco de atención, llegaremos á adquirir el convencimiento de que con ella se tendía á preparar la canonización del famoso Don Tiburcio.

Desde el año 1525, en que el Pontífice Clemente VII autorizó la Orden de Religiosos Menores de San Francisco, habían sobresalido en ella tres varones, que á fines del siglo XVII gozaban de universal reputación; fueron éstos el *Capuchino Francés* Fr. Angel de Joyosa, Par de Francia y General de las Armas francesas; el *Capuchino Es-*

cocés Fr. Arcángel de Escocia, heredero del Condado de Forbes y pariente de los Reyes de Inglaterra, y el *Capuchino Italiano* Fr. Juan Bautista de Fabenza, que si no pudo alegar, como los otros, títulos nobiliarios, ostentaba, en cambio, el de haber sido un insigne capitán de ladrones. Era, por tanto, muy natural que los franciscanos de nuestra patria aspirasen también á tener entre sus huestes un *Capuchino Español* que, á ser posible, eclipsase la fama de todos los capuchinos extranjeros, y para esto nada mejor que procurar que el primer santo de la Orden hubiese nacido en tierras españolas. Con tal fin, se encomendó escribir la vida de Don Tiburcio al P. Fr. Mateo de Anguiano, que debía de pasar por hombre muy docto entre sus compañeros de religión, pues el mismo año que publicó aquel libro, daba también á la estampa otro mazacote místico titulado *Compendio*

historial de la Provincia de la Rioja, de sus Santos y milagrosos Santuarios (1)

De cómo el P. Anguiano supo cumplir el cometido, dan testimonio á cada instante las páginas de su libro. Empieza, en efecto, parangonando la vida del héroe con las de los santos más egregios, y sin pararse en barras, osa comparar á Don Tiburcio nada menos que con San Pablo; *Saulo español,* lo llama con increíble desparpajo, viendo en los episodios matonescos de la historia de su héroe evidentes analogías con las persecuciones de que el gran Apóstol, antes de serlo, hizo víctimas á los cristianos, y en la vulgar pedrada que de manos lacayunas recibió Don Tiburcio en la Puerta del Sol, semejanzas indudables con la romántica y admirable escena del camino de Damasco.

---

(1) Véase Nota 15.ª

No hay que decir que, realizada la conversión, el P. Anguiano apretó de firme en ponderar las virtudes del flamante religioso, dedicando sendos, pero apelmazados y soporíferos capítulos á su obediencia, pobreza, honestidad, caridad, humildad, negación de sí mismo y hasta al intolerable desaseo de su persona, con lo cual ya no le restaba al cronista sino la parte más dificultosa y peliaguda de la empresa, á saber, la relativa á los milagros, ya que, sin ellos, Redín se habría de resignar á quedarse en el Purgatorio por buenas componendas. Se comprenderá, sin embargo, que después de haber comparado á Don Tiburcio con el Apóstol de las gentes, la cuestión de los milagros no podía ofrecer grandes obstáculos, y así, aparte del de la sangre que aquél sacó del panecillo (idéntico, por más señas, al que se cuenta de San Luis Beltrán), y que ya queda narrado, el P. Anguiano nos

da noticia de varios hechos prodigiosos referentes á Don Tiburcio, ocurridos los unos, durante su vida, otros en los momentos de su muerte, y otros, en fin, con posterioridad á ella, para que nada tuviese que envidiar á ninguno de los elegidos que gozan de la presencia del Señor.

Por lo que hace á los primeros, dice el biógrafo que cuando Fr. Francisco y el P. Alessano se dirigían á Sevilla con objeto de embarcar para el Congo, se echó aquél á descansar debajo de un árbol, porque le aquejaba mucho el dolor de un pie, exacerbado por la gota y lo largo del camino. Quedóse dormido, y al poco tiempo, observó el P. Alessano que un pajarillo, de rara hechura y de canto en extremo melodioso, vino á posarse en una rama, y volando desde ella hasta el pie de su compañero, le picó suavemente en la parte dolorida y luego se marchó. Al despertarse Redín, se halló sin la menor mo-

lestia, por lo que Alessano hubo de comprender que el pajarillo «no era de esta region, sino algun angel del Señor que tomó aquella forma».

Otra vez, estando en el oratorio, le mordió un murciélago, arrancándole un mediano trozo de carne; pero se hallaba tan embebecido en sus meditaciones, que no sintió absolutamente nada, y si se vino en conocimiento del caso, se debió á que al entrar los demás hermanos, vieron en el suelo un gran charco de sangre y la herida que el bicharraco produjo en el cuerpo de Don Tiburcio.

Gozaba, asimismo, de la gracia de dar salud á los enfermos, como lo demostró en una ocasión en que, llamado por Fr. Juan de Pamplona, que padecía de «unas llagas en las piernas, »muy antiguas, pútridas y encanceradas, y desahuciado de remedio humano», «le pidió por amor de Dios que le hiciese la señal de la cruz sobre las

llagas y que se las ungiese con saliva». Resistióse al principio Don Tiburcio, pero, al cabo, accedió á la súplica del doliente, haciendo lo que le pedía, y desde entonces «no se puso mas em»plastos, y fué cosa prodigiosa que con »sola esa medicina desde aquel punto »comenzó á sentir mejoría, y esta se »continuó con tal felicidad, que á los »cuatro dias siguientes se halló total»mente sano de las llagas y nunca mas »le volvieron á reverdecer».

De todos estos milagros y de algunos otros hubo noticias fidedignas, que muy puntualmente fueron consignadas por el P. Anguiano. Sin embargo, para que Redín lograse la categoría de verdadero santo, era preciso, además, que hubiese ocurrido algo extraordinario en la hora de su tránsito, y de ello se encargó Don Diego Radillo, sin más que refrescar su memoria, ayudándose con un poco de buena voluntad. Cuenta, en efecto, en su citada declaración

que tan pronto como expiró Redín, los amigos que lo rodeaban quisieron quitarle el hábito remendado que vestía y ponerle otro nuevo; pero probando á desnudarlo, les fué imposible, aunque en ello se emplearon las fuerzas de varios hombres. No resignándose á renunciar á tan preciosa reliquia, y viendo que la fuerza era inútil, ocurriósele á uno emplear la persuasión, para lo cual suplicó al P. Andrés Perdomo, que se hallaba presente, que mandase al cadáver, en virtud de obediencia, que se dejase desnudar. El P. Andrés consintió en ello, y dirigiéndose al cadáver, le dijo:

—Hermano, te mando en virtud de santa obediencia, que luego te dejes quitar ese hábito y poner el que aquí está preparado.

«Aún no había acabado el ministro de Dios de intimarle dicho precepto, cuando instantáneamente sacó las manos de las mangas y extendió los brazos no

de otra suerte que si estuviese vivo.» No obstante, agregó Radillo (que era, por lo visto, un hombre de conciencia), que de este hecho sólo podía asegurar con juramento que se lo oyó contestemente á los sujetos que lo vieron por sus ojos y estuvieron presentes á todo; pero que él no lo estaba cuando se realizó el prodigio, y que lo sintió mucho.

Por último, y para que nada faltase, no dejaron de acreditarse dos circunstancias de gran monta en estos casos, cuales son la incorruptibilidad del cuerpo y la de seguir obrando milagros después de muerto, pues no sólo al ser trasladado á otro sepulcro en 1676 hallaron el cadáver «entero y sin corrupción, y muy tratables sus miembros, sin faltarle otra cosa que la extremidad de la nariz», sino que es incuestionable que por mediación de su alma se han obtenido bienes sin cuento, siendo hechos dignos de mención el de que muchos atacados de la

peste que el año 1658 diezmó la población de Caracas, sanaron en el acto con sólo aplicarles el manto del capuchino; el de haber recobrado la salud instantáneamente en 1676 una hermana de Fr. Esteban de Pastrana, merced á que se puso sobre su cuerpo una estampa que Redín usó como registro de su libro de Horas, y el de obtener el mismo beneficio en varios enfermos de gravedad á quienes se les colocaron trozos de su hábito y otros objetos de los que se sirvió en vida.

El clavo, tan vigorosamente asegurado por el P. Anguiano, lo remachó el Rmo. P. Martín de Zarandona, calificador de la obra, el cual, después de recordar la anécdota concerniente al epitafio del Venerable Beda, dice en su *Aprobación* que «merece el admirable y prodigioso Redin, por sus heroicos hechos», que en su tumba se graben estas palabras:

Hac sunt in fossa Redin Venerabilis ossa,

y añade que espera «que ha de enmendar el epitafio el cielo poniendo *Sancti* en lugar de *Venerabilis*». No consta que el cielo lo haya enmendado todavía; pero sabemos que si hasta ahora no ha sido posible que los hombres reconozcan la presencia de Don Tiburcio en el Paraíso, en cambio, su figura se consideró como digna del Teatro, pues cuarenta y tres años después de haber visto la luz la biografía del famoso aventurero, dábase á las prensas cierta cencerruna comedia titulada *El Capuchino Español*, compuesta con episodios de la vida de Don Tiburcio de Redín (1). No debió de ser ésta la única obra que se escribió con tal motivo, porque el P. Anguiano cuenta en su mencionada *Introducción* que «apenas salió á luz el *Compendio*, »cuando comenzaron á correr varias »noticias de la vida secular de nuestro

(1) Véase Nota 16.ª

»héroe, de sus chistes y de sus sucesos »militares. Y los que las producían »echaban menos sus noticias particula»res y aun el que no se expresasen sus »nombres». «Con la misma moderación »que entonces — continúa — procedo »ahora, porque mi ánimo no es de for»mar comentarios de las tragedias, ha»zañas, duelos y sucesos políticos y mi»litares de Don Tiburcio de Redin, que »eso lo podrá hacer quien gustare de »ello, y *hallará materia bastante*». Por donde vemos que lo que el P. Anguiano calló de las aventuras del héroe debió de ser mucho más de lo que dijo, circunstancia que es muy de lamentar, pues ya que no cuajase lo de la santidad, nos hubiera dejado, al menos, el cuadro completo de la vida de un aventurero de aquel tiempo, la relación de hechos olvidados, la pintura de lugares y personas de que ya nadie se acuerda; asuntos todos que, aunque los doctos estimen poco dignos de una

pluma seria y elevada, pueden ser, y son á veces, material de inestimable precio para el conocimiento de una época, y desde luego de mayor interés, como tomados que son de la realidad, que muchas disquisiciones históricas, que, por haber desdeñado sus autores copiar del natural, no tienen más valor que los dibujos hechos de memoria y sin otra norma que la pura fantasía (1).

(1) Véase Nota 17.ª

FIN

NOTAS

NOTAS

NOTA 1.ª

(Pág. 9)

El libro del P. Anguiano.

Vida, y virtudes || de el || capuchino español, || el V. siervo de Dios || Fr. Francisco de Pamplona, || Religioso lego de la seraphica || Religion de los Menores Capuchinos de N. Padre San || Francisco, y primer Misionario Apostolico de las Provin || cias de España, para el Reyno del Congo en Africa, || y para los Indios infieles en la || America. || Llamado en el siglo || Don Tiburcio de Redin, || Cavallero del Orden de Santiago, || Señor de la Ilustrissima Casa de Redin, || en el Reyno de || Navarra, Baron de Viguezal, y Capitan de los mas || célebres, y famosos de su

Siglo. || Consagrala || al mysterio de la Concepcion purissima || De la Madre de Dios, sin pecado original, Maria Señora Nuestra || su menor esclavo el P. Fr. Matheo de Anguiano, Religioso Ca- || puchino, Predicador de la Santa Provincia de Castilla, Procurador, y || Secretario que ha sido de ella, y Guardian del convento de Alcalá de || Henares, y del Real de Santa Leocadia de la Imperial Ciudad || de Toledo. || En Madrid, en la Imprenta Real: Por Joseph Rodriguez, || á costa de Francisco Laso, Mercader de Libros, enfrente de las Gradas || de San Felipe: Año de 1704.

4.° 356 ps. + 32 (sin numerar) de portada, dedicatoria *Al Mysterio de la Concepcion, Aprobatio* (16 Ianuarij 1704,) *Licentia Ordinis* (Veronæ 13 Martij 1704), *Censvra* (de D. Manuel de Ayala y Salcedo, cura de San Ginés de Madrid, 5 Março de 1704), *Licencia del Ordinario* (D. Nicolás Alvarez de Pe-

ralta: Madrid, 7 de Março 1704) *Aprobacion del Rmo. P. Maestro Martin de Zarandona* (Madrid, 15 de Março 1704), *Privilegio Real* (Plasencia, 25 Abril 1704), *Fee de erratas, Tassa, Protesta del Autor, Prologo al Lector* é *Introduccion,* + 24 (sin numerar), al final, de *Tabla, Indice* alfabético y *Repeticion de la Protesta.*

NOTA 2.ª

(Pág. 15)

Partida de bautismo de Don Tiburcio de Redín.

De Don Tiburcio de Redín se dan algunas noticias en las *Cartas de Jesuítas* publicadas por la Real Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español* (Tomos XIII al XIX) y en las *Cartas de Andrés de Almansa y Mendoza* (Tomo XVII de la *Colección de Libros españoles raros ó curiosos).*

Don Pascual de Gayangos, anotador de la primera de las citadas colecciones, padeció un error al hablar de la procedencia de Don Tiburcio: «En otro lugar—dice—se trató ya de este don Tiburcio Redin *(Reading)* (1), que era

---

(1) Gayangos creyó que Redín era corrupción de *Reading;* pero *Redín* es el nombre de

caballero de Malta y escocés de nación. De resultas de su embajada á Nápoles y Roma (donde no fué recibido por el Sumo Pontífice) (1) tomó servicio en los ejércitos de Felipe IV, pasando á servir á Navarra á las órdenes del Duque de Nochera, Capitán general de aquel reino.» *(Cart. Jesuít.*, Tomo II, pág. 173, nota).

Como se ve, Gayangos confundió completamente las especies; ya veremos más adelante (Nota 5.ª) cuál fué la causa de este error. La partida de bautismo de Don Tiburcio de Redín dice así: «Don Tiburcio hijo de don Carlos de Redin y doña Isabel Cruzat fue bautizado a catorce de agosto de mil y quinientos y nouenta y siete, fueron padrinos don Miguel de Dona Maria y Doña Maria de Elio, ministro el uicario

un pueblo de Navarra, Ayuntamiento de Lizoain, partido judicial de Aoiz.

(1) Véase la Nota 7.ª

y por la uerdad firmo. El Ldo. Yrisarre y Arteta» (1).

(1) Esta partida figuraba el año 1624 en el *Libro de bautizados* de la parroquia de San Saturnino *(San Serní* ó *San Cerní)*, de Pamplona, folio 35, y de allí fué copiada en la información que se practicó para dar el hábito de Santiago á Don Tiburcio de Redín. (Vid. Nota 4.ª).

NOTA 3.ª

(Pág. 16)

Don Martín de Redín.

Don Martín de Redín, hermano de Don Tiburcio, debió de ser también hombre de pelo en pecho, como puede verse por los siguientes detalles de su vida:

«De Galicia escriben, que el Gran Prior de Navarra (lo era entonces Don Martín), que es gobernador y capitan general por S. M., tuvo noticia cómo algunos portugueses trataban de hacer entrada en aquel reino, á pillar lo que pudiesen. La gente que venía no se sabe el número en particular; él les armó al venir una emboscada y los dió una muy buena rota; degolló, según dicen, 800, y les fué siguiendo la tierra adentro y quemó 30 pueblos ó aldeas de las abiertas.» *(Cart. Jes.* T. V, pá-

ginas 170, fecha en Madrid, 4 Agosto 1643.)

«El Gran Prior de Navarra recibió una quema y saco de Salvatierra, en Galicia, por traicion de un alferez nuestro portugués; pero juntó su gente, caballos 1.500, infantería 9.000, y hizo dos entradas hasta llegar á Chaves; saqueó, robó y quemó siete lugares...» *(Idem íd.*, pág. 194, fecha en Madrid, 18 Agosto 1643.)

En esta campaña adoleció Don Martín, y durante su enfermedad, los portugueses se apoderaron de Salvatierra, achacándose el suceso á la poca diligencia del Prior, por lo cual se pensó en relevarlo del cargo de capitán general de aquel ejército. En 13 de Octubre del citado año, Alonso de Amaya transcribe de una carta del P. Francisco de Lerma la noticia de la enfermedad en estos términos: «Aquí llegó el lunes á mediodía el Gran Prior, muy acabado, que no había ánimo

para mirarle, por ver un caballero de tan gran ánimo y de presencia tan respetable reducido á no poder dar por sí solo un paso, ni poder por sus manos llegar á la boca una escudilla de caldo. Dentro de dos días, partió para la Coruña, adonde se va á curar». *(Idem ídem*, pág. 296, fecha en Soria, 13 Octubre 1643).

Nota 4.ª

(Pág. 22)

Pruebas de Don Tiburcio de Redín para el hábito de Santiago.

Por lo que dice el cronista en esta parte de la historia, parece que fué Felipe III el que concedió á Don Tiburcio el hábito de Santiago para premiar su heroico comportamiento en la campaña de Italia; pero quien le otorgó tal merced fué Felipe IV en 1624. En el *Indice de pruebas de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago desde el año 1501 hasta la fecha*, publicado por los Sres. Vignau y Uhagon (Madrid, 1901), aparece «Redín y Cruzat (Tiburcio), *Pamplona*, 1624», en la pág. 291. Hemos examinado estas pruebas, que se conservan en el Archivo Histórico Nacional (legajo número 6.882), y de ellas resulta que la

Carta del Rey, mandando abrir la correspondiente información, lleva la fecha de Madrid á 21 de Enero de 1624, y va dirigida á Don Carlos de Robles, caballero profeso de Santiago, y al Licenciado Miguel Fernández, Religioso de la misma Orden. En el folio 2.º insértase el siguiente documento:

«Genealogia.—Don Tiburcio de Redin, natural de Pamplona. Para el hauito de Sanctiago de que S. M. le hizo merced.--Padres: Don Carlos de Redin Señor de Redin natural de Redin y Doña Isauel Cruzat, natural de Oriz en el reyno de Navarra.—Abuelos paternos: Don Juan de Redin, señor que fué de Redin, natural de Redin y Doña Maria de Redin, natural de Pamplona.—Abuelos maternos: Don Martin Cruzat, señor de Oriz, natural de Oriz, que despues de haber embiudado murio carmelita descalzo, y Doña Catalina de Esparza y Artieda, su muger, natural de Palacio de Artieda.—Hanse de

hacer las pruebas en Redin y algunos lugares circunvecinos, y en Pamplona, y en el lugar de Oriz y lugares cercanos y en Artieda.»

La información no contiene noticia alguna de interés para la historia de Don Tiburcio; declararon cincuenta testigos; se dió por terminada en 21 de Febrero de 1624 y se aprobó en 2 de Marzo del mismo año.

En la carta, fechada en Madrid á 3 de Febrero de 1624 y escrita por Andrés de Almansa, hállase noticia de la concesión de este hábito: «Diéronse más hábitos á Don Trebucio de Redin, Don Pedro de Contreras», etc. (*Loc. cit.*, página 264.)

Nota 5.ª

(Pág. 24)

Retratos de Don Tiburcio de Redín.

Dos retratos conocemos de Don Tiburcio de Redín. El primero, que está en el Museo del Prado y figura en el *Catálogo* actual con el núm. 887, es el que se reproduce al frente de este libro.

En el *Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado de Madrid*, Parte Primera, por D. Pedro de Madrazo (Madrid, 1872), atribuíase este cuadro á Mazo (núm. 789, pág. 445), y en la noticia correspondiente se insinuaba la sospecha de que fuese copia de algún otro retrato ó de que hubiera sido pintado valiéndose de apuntes de otro artista; y el autor de la obra fundaba tal sospecha en que la maestría de la factura no podía presumirse en un pintor tan joven como lo era Mazo

en el tiempo en que se hizo el cuadro

Don Aureliano de Beruete y Moret, en su precioso libro *The School of Madrid* (London, 1909) dice que este retrato venía sirviendo de modelo comparativo, utilizado constantemente, cuando se trataba de determinar si un cuadro era ó no de Mazo; pero agrega que al fin se cayó en la cuenta de que el retrato de Redín es una de las obras más características de Fr. Juan Rizi, y anuncia que en la próxima edición del *Catálogo* del Museo aparecería ya como pintura del ilustre madrileño (páginas 163 y 164) (1). El retrato no pudo ser hecho antes de 1636, pues Don Tiburcio ostenta el traje de Mariscal de Campo, empleo que ganó en la campaña de Francia, ni con posterioridad al 26 de Julio de 1637, fecha en que recibió Redín el hábito de novicio. Es de

(1) Efectivamente, así se consigna en el *Catálogo de los Cuadros del Museo del Prado*) 10.ª ed. Madrid, 1910, pág. 156).

advertir que la cartela que está en la parte izquierda inferior del cuadro, y en cuya leyenda se da una noticia sumaria de la vida de Don Tiburcio, fué pintada después de 1704, como lo demuestra el hecho de que en ella se habla de la obra del P. Fr. Mateo de Anguiano. Por cierto que el autor del letrero equivocó algunos nombres y que los *Catálogos* del Museo también transcriben aquél con poca fidelidad. El del cuadro (escrito en versales embebidas) dice así, deshechas las abreviaturas:

«Don Tibvrzio de Redin y Crvzat, decendiente de las ilvstres casas del Señor de Redin y Baron de Viguenza (*sic*) (1) y de los Señores de Orn (*sic*) (2) y Marqueses (3) de Góngora,

---

(1) Los *Catálogos* corrigen *Viguenzal*, pero es *Bigüezal* (Ayuntamiento de Romanzado, Partido de Aoiz, provincia de Navarra).

(2) Los *Catálogos* corrigen *Orni*, pero es *Oriz*.

(3) En los *Catálogos* se lee *Marqués*.

Maestre de Campo de la infanteria española, el que aviendo servido a S. M. Don Felipe IV desde edad de 14 años hasta los 38, y desengañado del mvndo por los años de 1636 (1) tomo el avito de Religioso lego de capvchinos en la civdad de Tarazona (2) y mvdo su nombre en el de Fr. Francisco de Pamplona donde era natvral. Fue el primer capvchino que paso de España a la conversion de los indios infieles de la America y Indias Occidentales donde murio en la Gvayra de Caracas con opinion de santidad en los años del Señor de 1650 (3). Escrivio su vida el R. P. Fr. Matheo de Angvrario (*sic*) con el titvlo del Capvchino Español.»

En los *Catálogos* mencionados dícese que Don Tiburcio de Redín era *Caballero de San Juan*, error que tuvo

(1) Fué el año 1637.
(2) Los *Catálogos* leen *Tarragona.*
(3) Ocurrió su muerte en Agosto de 1651.

su origen en una noticia que vió el señor Madrazo en la carta que el Padre González escribió al P. Rafael Pereira (Madrid 15 de Mayo de 1635), en la que se lee que «fué Don Tiburcio de Redin, *Caballero de San Juan*, á Nápoles, por embajador de su Gran Maestre al virrey» (*Cart. Jes.*, T. I, pág. 187), noticia en la cual se le confunde, sin duda alguna, con su hermano Don Martín, que fué quien tuvo el hábito de San Juan de Jerusalén (1).



El segundo retrato de Don Tiburcio hállase en el Convento de Capuchinos de El Pardo, en donde hemos tenido ocasión de examinarlo. La pin

(1) En el Archivo Histórico Nacional se conservan las pruebas de Don Martín de Redín para el hábito de San Juan (legajo 28), que fueron hechas en Pamplona el año 1609; pero entre los caballeros de esta Orden no figura Don Tiburcio.

tura (lienzo) es de muy mala mano y parece una copia hecha á mediados ó á últimos del XVII de otro retrato, que probablemente será el que, según noticias, existe en Pamplona en la casa del Sr. Conde de Guendulain. Aparece Don Tiburcio de medio cuerpo, de tamaño algo menor que el natural, y vestido de capuchino; la cabeza de este retrato no tiene semejanza alguna con la del de Rizi, ni en las facciones del rostro, ni en la expresión, ni en el color del pelo. Fr. Francisco tiene en su mano izquierda una bandera blanca con una cruz anclada roja en el centro; apoya la derecha en las cabezas de dos niños, negro el uno, y el otro, indio, recordando de este modo sus misiones en el Congo y en América; á la izquierda de la figura, se ve un trofeo alegórico, formado por un capacete, un capelo cardenalicio, una lanza y el escudo de armas de los Redín. El fondo es un paisaje de montañas. En la parte

inferior derecha del cuadro hay una cartela con esta leyenda en caracteres cursivos:

«El Capuchino Español i Venerable Siervo de Dios Fray Francisco de Pamplona, vien conocido, en la vida secular llamado Don Tiburcio de Redin, cavallero del Orden de Santiago, Sr. (1) de la ilustrisima Casa de Redin, baron de Viguezal en el reino de Navarra. Milito desde edad de 17 años a el de 1617 (2), fué desde luego capitan de mar i guerra de los mas celebres que conocio su siglo, Maesse de Campo y ultimamente Gobernador absoluto del Armada, tan valeroso que desde los principios obtuvo en el ejercito la fama y timbre del Jupiter de España. Llamole Dios a la religion capuchina.

---

(1) *Señor* ó *sucesor*.

(2) Deben de haberse omitido varias palabras; probablemente se querrá decir: «Milito desde edad de 17 años *desde el de 1613* á el de 1617. (Véase pág. 21.)

Tomo el habito de lego el año 1637. Vivio santissimamente en todo genero de virtudes. Fue primer misionero apostolico de las provincias de España para el reino del Congo en Africa, para los indios infieles de la America. Fue muy estimado del Rey Don Felipe IV, tanto que despidiendose de S. M. para partirse al Armada, saco del pecho un lignum crucis y se le dio. Nuestro Santisimo Padre Inocencio X noticioso de su virtud y prendas deseo honrarle y servirse de el; para eso le ofrecio primero el capelo y el generalato de sus galeras (1); lo reuso todo; dijo S. S. que admitiese el sacerdocio y el ser comisario general de las misiones de la Orden; no quiso; dijole que por su humildad; solo admitio un lignum ✠ (*crucis*), muchas reliquias i indulgencias que le dio para partirse a su mision en que padecio innumerables trabajos

(1) Ninguno de estos extremos constan en la obra del P. Anguiano.

por mar y por tierra en la conversion de aquellos indios. Murio año 1651 en el puerto Guaira de Caracas donde esta enterrado con mucha veneracion. Despues de muchos años, que fue en 1676 se hallo su cuerpo incorrupto obrando (*rota la tela*) (1) su siervo muchos milagros.»

(1) Debía de decir: «Dios por intercesión de», ó cosa análoga.

Nota 6.ª

(Pág. 36)

El Licenciado Beas Vellón.

El Licenciado Beas Vellón fué nombrado Alcalde de Casa y Corte en 1624, según vemos en la carta que en Noviembre de este año escribió Almansa y Mendoza al Duque de Medina Sidonia, y en la cual se da la noticia de haberse concedido la «plaza de Alcalde de Casa y Corte al Licenciado Veas Bellon, Oidor de Sevilla, sujeto bien experimentado». (*Cart. de Andrés de Almansa y Mendoza*, pág. 275.) En esta misma obra (págs. 366 y 367) y en el número 34 de la *Noticia bibliográfica*, se menciona la *Verdadera relacion de la entrada* y *recibimiento que hizieron a Don Iuan de Mendoça, Marques de la Hinojosa, y Capitan general de la Artilleria de España, y Embaxador tras-*

ordinario de Inglaterra, que al presente está por el Rey nuestro señor (Sevilla, 1623), cuya licencia para imprimirse la dió «el señor Oydor Veas Vellon, Oydor de la Real Audiencia de Sevilla», como se advierte al final del opúsculo.

NOTA 7.ª

(Pág. 36)

El Papa y Don Tiburcio.

En el libro del P. Anguiano no se menciona un hecho atribuído á Don Tiburcio. Dícese, en efecto, que el año 1635, antes de la campaña contra los franceses, el Maestre de la Orden de San Juan le dió una embajada para el Pontífice, pero que éste no quiso recibirlo. Del suceso da cuenta el P. Sebastián González en carta al P. Pereira, fecha 15 de Mayo del citado año: «Mucho se ruge que el Turco ha hecho armada grande, y no se saben sus designios. Unos dicen que contra España, otros que contra Malta, y así fué Don Tiburcio Redin, caballero de San Juan (1), por embajador de su

---

(1) Véase Nota 5.ª

gran Maestre al virrey pidiéndole socorro, y fué despachado con buena gracia. Pasó á querer entrar en Roma para pedírselo al Papa, el cual le previno que no fuera porque no le daría audiencia, atento á que de Malta no se le podía enviar embajador sin su licencia y no se la habían pedido». (*Cart. Jes.,* T. I, pág. 187). Ya hemos dicho en otro lugar (Nota 5.ª) que el autor de la carta confundió sin duda á Don Tiburcio con su hermano Don Martín, quien por ser caballero de San Juan, es también el que debió de recibir el encargo á que se hace referencia.

NOTA 8.ª

(Pág. 38)

La entrada en Francia.

Don Francisco de Irazábal, Marqués de Valparaíso, fué nombrado Virrey de Navarra el 1634. En 1636 se desarrollaron los sucesos de los que en el texto del P. Anguiano se hace relación, aunque exagerando su importancia, porque todo se redujo á una incursión en tierra francesa de los ejércitos del Virrey en combinación con las tropas de Guipúzcoa; fué saqueado San Juan de Luz, rendido el fuerte de Socoa, que era la principal defensa de la plaza, y sucesivamente corrieron la misma suerte otros cuatro ó cinco pueblos que se entregaron sin ninguna resistencia; así se dice en la carta del P. Sebastián González al P. Pereira, fecha en Madrid á 11 de Noviembre de 1636 (*Cart.*

Jes., T. I, pág. 523). Parece ser que la conducta observada en este caso por el Marqués de Valparaíso no satisfizo á la Corte, pues en otra carta del 23 de Diciembre del mismo año dícese: «Al Virrey de Pamplona quitan con efecto, por no haberse portado como debiera en la entrada de Francia, y por la desazón con que ha tratado á la gente de guerra, y poca providencia en juntar bastimentos; de suerte que los que hoy estan en San Juan de Luz y fuerte Socoa pasan grande necesidad. Dicen se ha dado al duque de Nochera, napolitano, que ha sido Maestre de Campo en Milan, y que le han ofrecido 20.000 infantes y 6.000 caballos, haciendo general de la caballería á Paulo Dentici, siciliano, soldado viejo y de resolución. Ahora se ha reparado en que es mucho que tengan dos italianos el manejo de la paz y guerra en frontera tan principal; no sé si irá el de Nochera, que, aunque es-

taba resuelto fuese, hoy está casi deshecho, y se intenta enviar á otro» (1). (*Idem. íd.*, pág. 546).

Ni una palabra se dice de Don Tiburcio de Redín en toda esta relación; pero veintidós días después de escrita la carta, el jesuíta Andrés Mendo escribía otra al mencionado P. Pereira, en la cual se contenía este párrafo: «En esta otra parte de Francia junto á Navarra, se tiene por casi imposible conservar las plazas ganadas. Han señalado para que prosigan aquella facción á tres Maeses de Campo, que son Don Luis Ponce, Don Tiburcio de Redín y á un hijo de la *Charela,* madre (2). (*Cart. Jes.*, T. II, pág. 7; Segovia 7

(1) El nombramiento se confirmó, y el Duque de Nochera fué, primero, Virrey de Navarra y después de Aragón.

(2) D. Pascual de Gayangos, en una nota al Tomo I de las *Cart. de Jes.* (pág 338) dice: «Entre los hijos de Felipe IV habidos fuera de matrimonio, el P. Flórez en sus *Reynas Catholicas* (T. II, pág. 957) habla de uno, lla-

Enero 1637.) En esta misma carta se da la noticia siguiente: «Por virrey de Pamplona va elegido el duque de Nochera, napolitano, y otro caballero tambien napolitano por gobernador de las armas».

---

mado *D. Francisco Fernando de Austria* (Francisco Fernando Isidro de Austria, se lee en el texto citado por Gayangos), que murió de edad de ocho años en la villa de Isasi, á 12 de Marzo de 1634. Es evidentemente el mismo á quien se refiere una carta del P. Vilches al P. Pereira de 21 de Mayo. Parece era gran prior (de San Juan) ó que á lo menos disfrutaba la encomienda aneja á dicho cargo. Quién fuese su madre, se ignora, aunque el sobrenombre de *Charelo* que le da el P. Díaz de Meneses, pág. 30, y el mencionarse en otra del P. Mendo (pág. 37) la muerte en desafío de Don Alonso Enriquez, hermano de la *Charela,* nos hace presumir que esta tal pudo ser su madre y que se llamó «Enriquez», aunque también en esto cabe duda, pues en otra carta se le llama Manrique (pág. 28). *Charela* pudiera ser corrupción de *Chiarella,* diminutivo de *Chiara,* que en italiano es lo mismo que Clara».

NOTA 9.ª

(Pág. 60)

Noticias acerca del ingreso de Don Tiburcio en Religión.

De la entrada en religión de Don Tiburcio dan cuenta algunas cartas de sus contemporáneos, pero atribuyendo el hecho á causas muy diferentes de aquellas á que el P. Anguiano lo atribuye, y ni por casualidad aluden á la famosa pedrada á la que, según su biógrafo, fué debida la conversión. En una carta sin firma dirigida al P. Pereira (Madrid, 18 Agosto 1637) se lee: «Lo que hay que avisar á V. R. es que Tiburcio Redin, caballero del hábito de Santiago, ha escogido mejor milicia y se ha retirado á ser capuchi-

no lego. Era de los mejores soldados que el Rey tenía y de más resolución; mas esta última le importará más á él, porque con ella asegurará lo que es de más importancia.» (*Cart. Jes.*, T. II, página 168.) En otra carta, escrita al mismo por el P. Sebastián González (Madrid, 25 Agosto 1637), se dice que «Don Tiburcio Redin, descontento con el de Nochera, se ha metido fraile capuchino» (*Idem íd.* pág. 173), y en otra que se inserta en las *Noticias de Madrid*, de 20 de los mismos mes y año, achácase el motivo de tal determinación á que Don Luis Ponce fué preferido á Don Tiburcio para un cargo en los ejércitos de Navarra: «De las cosas de Navarra no entendemos por acá que se hagan progresos y facciones de importancia, aunque va de aquí muy á menudo infantería y caballería para engrosar el ejército que hay en aquella parte, de donde vienen huídos muchos, no obstante el cuidado

que hay para atajar este inconveniente, pagando á seis reales de á ocho á cuantos presenten un soldado fugitivo, al cual luego ahorcan. El duque de Nochera, su general, anda amancebado con una guipuzcoana, con harta publicidad y escándalo, si bien el mismo ejército produce juntamente ejemplos de virtud y piedad, habiendo el Maestro de Campo Don Tiburcio Redin dejado la milicia seglar y acogídose á la de Christo, haciéndose luego capuchino en el convento de Tarazona, de donde escribió una carta muy notable al Excmo. señor Conde-Duque, diciéndole haber reconocido la mala fe con que se trata el servicio de S. M., las maldades y bellaquerías que pasan en esta era, y que todo es embuste y enredo y que nadie puede servir al Rey si no es para su condenación. Refieren que el verdadero motivo que le ha obligado á empeñarse en una resolución tan grande, ha sido que

le han preferido (1) á Don Luis Ponce, que dicen ser caballero de malas costumbres. (Nota de Gayangos, *Cart. Jes.*, T. II, pág. 174.)

(1) ¿Preterido?

Nota 10.ª

(Pág. 60)

Sigue la materia anterior.

El P. Anguiano dice que este hecho se verificó en Mayo de 1636, que es cuando Don Tiburcio estaba á las órdenes del Marqués de Valparaíso, y antes, por tanto, de los sucesos en que aquél tomó parte y de que se da cuenta en la Nota 8.ª Lo probable es que haya error en tal fecha, pues entonces no debía de pensar Redín en hacerse capuchino; pero, de lo contrario, lo habría en el tiempo en que, según Anguiano, recibió Don Tiburcio la pedrada en la Puerta del Sol, porque este hecho lo coloca el biógrafo con posterioridad á la campaña de Francia y como causa determinante de su conversión.

Nota 11.ª

(Pág. 77)

Pinda.

Pinda «es por allá la primera provincia del Congo», dice el P. Anguiano (pág. 169.) La población está situada al Oeste del territorio mencionado.

NOTA 12.ª

(Pág. 79)

Banza y libada.

El P. Anguiano dice que «llaman allá *banza* á la ciudad, y á la villa ó lugar, *libada*» (pág. 212).

BANZA *Filol.* Voz que equivale á población ó ciudad. Se encuentra empleada por los pobladores del Africa Occidental que habitan las comarcas próximas al Congo, uniéndola á los nombres de Boma, Mamposto, Medora, Mutacalla, Pinda, etc.„ *(Enciclopedia Universal Ilustrada.* — Barcelona.— *Espasa)*

La palabra *libada* no la hemos hallado en ninguno de los Diccionarios ni Enciclopedias de uso corriente.

Nota 13.ª

(Pág. 85)

Dariel ó Darién.

El *Dariel* de que se habla en el texto es, sin duda alguna, *Darién,* nombre con el cual se conoce un golfo situado al N. O. de Colombia y formado por las costas de esta tierra y las de Panamá, y la «Provincia y Gobierno del Reyno de Tierra-Firme, una de las tres y la mayor que componen la Comandancia general de este Reyno». *(Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales ó América*, por Don Antonio de Aledo, Madrid, 1787; T. II.)

La isla de *La Margarita* hállase al Norte de Venezuela.

NOTA 14.ª

(Pág. 90)

La Guaira.

Dos pueblos hay en América conocidos con el nombre de *La Guaira:* el uno en Venezuela, fundado en 1588, «tiene un célebre puerto, defendido por un castillo y muy frecuentado de toda especie de embarcaciones» (Vegas: *Dic. Geog. Univ.* Madrid, 1814, T. III, pág. 153), y el otro en Paraguay. El primero de ellos es al que se refiere el texto.

Nota 15.ª

(Pág. 98)

Obras del P. Anguiano.

Además de la *Vida y virtudes de el Capuchino Español*, el P. Fr. Mateo de Anguiano escribió otras varias obras; tenemos noticia de las siguientes:

Compendio historial de la Provincia de la Rioja. Madrid, 1704. (Biblioteca Nac.)

Epítome historial y conquista espiritual del Imperio abisinio. Madrid, 1706. (Bib. Nac.)

Mision apostolica en la isla de la Trinidad de Barlovento (sin lugar ni año de impresión). (Bib. Nac.)

La nueva Jerusalen. Madrid, 1709. (Bib. Nac.)

Paraiso en el Desierto. Madrid, 1713. (Bib. Nac.) Refiérese al Convento de Capuchinos de El Pardo.

Publicó también en 1685 el *Compendio* de la vida de Don Tiburcio de Redín, pero no hemos hallado ejemplar de esta obra.

Nota 16.ª

(Pág. 106)

La comedia famosa "El Capuchino Español".

La comedia á que nos referimos en el texto, se menciona en el *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español,* de Don Cayetano Alberto de la Barrera (Madrid, 1860, página 553). Tres ejemplares de ella se conservan en la Biblioteca Nacional; el que hemos visto lleva la signatura *U (Bib. de Ustoz)*, 8.904; la obra hace el número 32 de la colección de comedias publicadas á mediados del siglo XVIII en la Imprenta de Antonio Sanz. Titúlase: «*Comedia famosa. El Capuchino Español. De un ingenio de esta Corte*» (4.°, 32 ps., sin numerar; al final: *Hallaráse esta comedia, y otras de diferentes Títulos, en Madrid en la Im-*

prenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la calle de la Paz. Año 1747.) Desde el punto de vista literario, es una producción no menos deplorable que la del P. Anguiano, y no merece los honores de ser reimpresa; pero, por vía de curiosidad, vamos á dar de ella una noticia suficientemente detallada.

JORNADA PRIMERA

CUADRO PRIMERO (1).—*(Inmediaciones de la Casa de Campo, en Madrid; es al amanecer).—Don Tiburcio de Redin, del Hábito de Santiago*, y su criado, *Paxarillo*, vienen de camino y se paran á descansar, antes de entrar en la Corte. Habla Don Tiburcio de una dama madrileña á quien corteja, llamada *Doña Juana de Mendoza y Alvarado*. Encuéntranse con *Don Feliciano de Arbizu*, amigo de Don Tibur-

(1) En la comedia no se indican ni los cuadros ni las decoraciones, que es preciso deducir del texto.

cio, y, por lo que se ve, gran madrugador, el cual los invita á alojarse en su casa. Cuando van á marcharse, llegan, *tapadas*, *Chacona* é *Isabel* (criadas de Doña Rosa de Redín), y suplican á Don Tiburcio que les libre de la persecución de un importuno caballero que está empeñado en descubrirlas; así se lo promete aquél; vanse las mujeres y, tras de ellas, su perseguidor, *Don Fausto de Losa* (1), *caballero del Hábito de Calatrava* y pretendiente de Doña Rosa de Redín (2). Atájale Don Tiburcio, echan al aire las espadas; al ruido, llega una ronda y Don Tiburcio la emprende con ella á cintarazos, haciendo huir más que de paso al Alcalde y á los ministriles.

CUADRO SEGUNDO.—*(Sala en la casa de Madrid de los hermanos de Don Tiburcio, Don Miguel* (3) *y Doña Rosa de*

---

(1) *Lodosa*, dice el P. Anguiano. Véase página 17.

(2) Véase pág. 17.

(3) Véase pág. 16.

Redín).—Por *Chacona,* saben los hermanos de Don Tiburcio que éste acaba de apearse á la puerta de la casa. Entra Redín, y al preguntarle qué negocio es el que le trae á la Corte, aprovecha la ocasión para colocar un romance interminable (1), aunque pedestre, en el cual hace la relación de su vida desde el punto de su nacimiento en Pamplona, extremo que sus hermanos debían de ignorar, juzgando por el esmero que pone Don Tiburcio en dejar bien claras las noticias referentes á su origen. Cuéntales después que su padre Don Carlos sirvió al Rey en Lepanto; que él, desde niño, se educó en el ejercicio de las armas; que de edad de catorce años, se marchó á la guerra de Italia; que estuvo en el asedio de *Bercelli (sic.)* y en el reducto de San Andrés; que sus hazañas le valieron una bandera y el hábito de Santiago; que más

(1) Las tres jornadas están escritas en romance en *ao.*

tarde estuvo en la isla de *Las Nieves*, donde peleó con los navíos ingleses, en la de *San Martín*, y, por último, en la *entrada de Francia*, en la que ganó el empleo de Mariscal de Campo, y á guisa de resumen (pues, ciertamente, lo requieren las proporciones de su relación), termina diciendo que se ha hallado en seis batallas, en cuarenta y dos encuentros, en doce sitios, en diez avances, en dos desafíos y en seis combates navales, por todo lo cual viene á pedir al Rey que le haga merced. (Vanse los tres hermanos con pretexto de que Don Tiburcio tiene que descansar de su viaje... y de su discurso).

Sigue una escena de relleno entre Chacona, *Melocotón* (su marido) y Paxarillo, y á poco, vuelve Doña Rosa y manda á su criada que haga entrar á Don Fausto, á quien tienen escondido. Preséntase el galán y la dama le recrimina por su aventura de la Casa de Campo; él lo niega, pero Chacona lo

descubre y Doña Rosa despídelo enojada.

Cuadro tercero.— *(Una casa, próxima á la iglesia del Carmen. Es de noche.)*— Don Tiburcio, Don Feliciano y Paxarillo, con capas de noche, dirígense á la casa de Doña Juana de Mendoza. Una ronda les sale al encuentro:

Alcalde.	¿Que gente va á la Justicia?
Paxarillo.	Dimos con la ronda.
Tiburcio.	El Diablo.
Alcalde.	Cavallero, si lo sois, ir con tiento y con despacio, que hablais con el Rey, si estais con sus ministros hablando.
Tiburcio.	Este es mi quedo, jamás hablé en tono mas despacio.
Alcalde.	Pues quien sois, y son los dos que vienen á vuestro lado?
Tiburcio.	Don Fermin, y Don Redin y Don Balandrin.
Alcalde.	Es chasco. tanto tin, tin, tin.
Tiburcio.	Este no lo es; y mas chasco es Don Beas de Vellon.
Alcalde.	Atrevimiento es ossado el que á un Ministro del Rey

ALCALDE. trate con tal desahogo (1)
y assi daos á el Rey.
TIBURCIO. Treinta ha que estoy dado;
pero ahora les daré
aquesta zurra de palos. (2)

(Mételos á cuchilladas y queda Paxarillo.)

Arreglado este negocio, Don Tiburcio ruega á Don Feliciano que le espere unos instantes, y entra en casa de Doña Juana. Cuando Don Feliciano y Paxarillo están pensando en el bonito papel que les obliga á hacer el bravo Redín, ven venir á dos embozados (Don Fausto y Melocotón) que les piden paso franco. Don Feliciano, naturalmente, se lo niega; salen á relucir los aceros y la acotación vuelve á decir que los contendientes *se meten* á cuchilladas. Paxarillo, que se ocultó prudentemente por no haber querido tomar parte en la zalagarda, abando-

---

(1) Sic. Sin duda es errata, por *desenfado*.
(2) Véase pág. 35.

na su escondite; pero en esto, se arma una pedrea formidable en la próxima Puerta del Sol, y Don Tiburcio tiene la mala ocurrencia de salir de casa de su amada en el crítico momento en que llega en dirección de su cabeza una piedra que le abre los cascos por una porción de sitios. Don Tiburcio cae á tíerra pidiendo confesión, y en muy mal estado, se lo llevan á su casa (1).

JORNADA SEGUNDA

CUADRO PRIMERO.—*(Casa de los hermanos Redín.)*—Doña Rosa y Don Miguel se encargan de enterar al espectador de que Don Tiburcio, salvado milagrosamente de la muerte y arrepentido de sus culpas, ha tomado el hábito de franciscano y se dispone á marcharse á las Indias; pero el espectador debía de quedarse viendo visio-

(1) Véanse págs. 57 y siguientes.

nes, por parecerle que no eran motivos para tan grave determinación un par de encuentros con la ronda y una aventurilla amorosa de tres al cuarto, que son los solos pecados de Don Tiburcio de que el autor le había dado noticia. Salen Redín, vestido de capuchino, y Paxarillo, de donado de la misma Orden, los cuales no traen otra misión que lucir los hábitos y despedirse para los *Llanos de Caracas, Guayana* y *Cantillo.*

Síguense dos escenas entre Doña Rosa, Don Feliciano y Don Fausto; éste cree que Doña Rosa se entiende con aquél, á causa de una lamentable equivocación, que de un lado, demuestra la mala calidad de las entendederas de Don Fausto, y de otro, los infelices recursos escénicos de que disponía el *Ingenio de esta Corte.*

CUADRO SEGUNDO.—*(Palacio de Zulami, en las Indias).—Zulami*, reyezuelo de aquella tierra, dice á su mu-

jer *Belicema* que allí adoran nada menos que á Júpiter y á Minerva (!) y que el padre de los dioses ha encargado á los indios, so pena de su terrible ira, que no consientan la predicación de los *papaces*. Añade, sin embargo, que un papaz, llamado *Fray Francisco de Pamplona*, es un pasmo de santidad, pues hace milagros estupendos. Tras de este anuncio, entra Don Tiburcio y les suelta un sermón de *propaganda fidei* con todas las de la ley. Un tal *Turbique,* capitán de Zulami, llega con muchos indios que traen un niño muerto; han tenido noticia de la fama de Fray Francisco y vienen á suplicarle que tome aquel niño en sus brazos para que lo torne á la vida; el fraile, como buen milagrero, resístese al principio, pero movido de los ruegos de todos, accede á lo que le piden. Tan pronto como Redín coje á la criatura, comienza ésta á llorar; asómbrase el concurso ante el prodigio y termina la esce-

na con la conversión al cristianismo de Zulami y de Belicema, aun cuando encargan al misionero que les guarde el secreto, porque temen que lo van á pasar mal si el pueblo se entera de la traición que acaban de hacer á Júpiter Olímpico.

Cuadro tercero. — *(Un campo en Madrid).*—Don Feliciano y Don Fausto tienen preparado un desafío por creer el último que aquél es su rival. Evítase el lance, merced á la intervención oportunísima de Doña Rosa, de un Alcalde, de una criada.

JORNADA TERCERA

Cuadro primero. — *(Un camino en las Indias).* — Fr. Francisco dice que ha tenido que huir de la corte de Zulami, porque cada día es mayor el descontento de los súbditos con el rey á causa de sus tolerancias para con los papaces. El caminante oye una voz en lo alto que le llama por su nombre y

que resulta ser la de San Antonio de Padua, pues á poco se le aparece el Santo, con niño y todo, y de parte de Dios, le manda volver á la presencia de Zulami. A Don Tiburcio no le queda otro remedio que obedecer y torna sobre sus pasos.

CUADRO SEGUNDO.—*(Otra parte del camino.)*—Fray Francisco ha andado veintidós leguas en una hora, cosa que, con muy buena lógica, atribuye á patente milagro. Encuéntrase á un indio llamado *Anarca,* Guarda Mayor del Palacio de Zulami y Gobernador de las Minas del Estaño. Anarca, no sabiendo qué decir, convida á comer al religioso: éste vacila, por el quebrantamiento del ayuno á que sin duda va á verse obligado, pero recordando que su regla autoriza alguno que otro excesillo cuando se va de camino, se tranquiliza y acepta la cuchipanda.

CUADRO TERCERO.—*(Comedor de Anarca.)*—El anfitrión y Fray Fran-

cisco están sentados á la mesa; mas al capuchino se le ocurre en aquel instante aguarle la fiesta al Gobernador de las Minas del Estaño, y comienza á reprenderle su conducta poco piadosa para con sus administrados, pues á lo que parece, el tal Anarca los exprime sin compasión, aunque el muy ladino lo niega de un modo categórico. Fray Francisco, para convencerle de que es verdad lo mucho malo que de él se cuenta, coge un pan y le dice que aquel pan es «de la sangre de los pobres», tras de lo cual, comienza el mollete á destilar sangre. (1) Anarca, atacado de súbito fervor, se convierte en el acto á la doctrina del Evangelio, pero con tal prisa, que pide ser bautizado sin demora, y ambos personajes, dejando la alimentación para mejor oportunidad, salen precipitadamente en busca del agua del bautismo.

(1) Véanse págs. 88 y 99.

Cuadro cuarto.—*(Palacio de Zulami.)*—Zulami se lamenta ante su cónyuge de que Fray Francisco no viene á verlos hace muchos días, pero, precisamente, preséntase el capitán Turbique á decirles que el capuchino está á la puerta del palacio. Entra Redín y hallándose en edificante y mística conversación con el matrimonio indio, oyen gran tumulto; es el pueblo, que cansado de las contemplaciones de Zulami para con Fray Francisco, rompe las puertas del alcázar, lo toma por asalto y llega amenazador á la misma sala en que están los soberanos El que dirige las turbas, pide á Zulami justicia contra el fraile, porque, según dice, su predicación ha sido la causa de que se hayan convertido cincuenta y dos mil indios y de que el pueblo se amotine, matando á Anarca, crucificando á ciento dos isleños, quemando vivos á veintidós, ahorcando á otros veintidós (las cuentas claras) y

amarrando á columnas ó colgando de encinas á una porción de ellos; agrega que se murmura que el rey es cristiano de secreto, pero que si quiere desvanecer tales sospechas, puede lograrlo entregándoles á Fray Francisco. El cual toma la palabra para rectificar lo que ha dicho el cabeza de motín, pues le importa dejar consignado que no son cincuenta y dos mil los convertidos, como ha dicho aquél embustero, sino doscientos mil, y que Anarca murió, en efecto, pero no en el patíbulo, sino «de la opresión de amar á Dios»; en fin, para demostrar que el capitán está mal informado y que procede de mala fe, *saca el Cristo* y se lo pone delante, á cuya vista el jefe de aquella muchedumbre se hunde por escotillón, echando llamas y demostrando de esta suerte que no era otro que el mismísimo demonio. Terminado con toda felicidad este incidente, Fray Francisco comunica á los reyes la noticia de que

ha recibido orden de trasladarse á España; despídese de todos y Belicema, que siente mucho la marcha del franciscano, le dice:

«No dexeis, no, de escribir.»

Prométeselo Redín y sale.

Cuadro quinto.—*(Casa de los hermanos Redín, en Madrid.)*—Por Doña Rosa, sabemos que la cuestión entre Don Feliciano y don Fausto se ha arreglado satisfactoriamente (1) Entra Don Miguel acompañado de *Don Francisco Maldonado, Veinticuatro de Sevilla,* compañero de Don Tiburcio. (2) Cuéntales que á poco de darse á la vela con rumbo á España, tuvieron que recalar en la *Guaira de Canarias* (*sic*) por ir muy enfermo Fray Francisco; que éste se agravó en su dolen-

(1) Como la cuestión surgió cuando se hizo fraile Don Tiburcio (1637) y estamos en 1651, dedúcese que aquella tardó en arreglarse unos catorce años, próximamente.

(2) Véase pág. 90.

cia y murió como un santo; que después de muerto, quisieron quitarle el hábito para conservarlo como reliquia, pero que no habiendo fuerza humana capaz de separar los brazos, que el cadáver tenía cruzados sobre el pecho, hubo que recurrir al capuchino sacerdote Fr. Andrés Pendomo *(sic)*, quien le ordenó en precepto de santa obediencia que se dejase despojar, ante lo cual, el cadáver separó los brazos con estupefacción de los circunstantes (1); que luego lo enterraron con gran veneración

> ...en un lugar reservado
> para conservar feliz
> cuerpo cadaver tan santo,

y añade que

> Los milagros que en las Islas
> executó fué milagro
> pues passaron del guarismo
> si de infinitos passaron,

---

(1) Véanse págs. 102 y siguientes.

siendo todos sus contínuos,
que se cuenta (grave caso!)
que salía cada día
(gran primor!) por veinte y quatro.

En fin, termina ponderando la gran pena que en todos ha producido su muerte. Los hermanos de Don Tiburcio consuelan al Veinticuatro sevillano, diciéndole que tránsito tan glorioso antes debe producir regocijo que sentimiento. Don Fausto, aprovecha tan buena disposición de ánimo para pedir á Don Miguel la mano de Doña Rosa (1), y Don Miguel, en un arranque de sinceridad, contesta:

Por mi, si mi hermana gusta,
yo gano en ello, Don Fausto.

Gusta su hermana y

Dicen todos

Que el Capuchino Español,
honra del Reyno Navarro,
la gran Ciudad de Pamplona
le Canoniza por Santo.

---

(1) Después de catorce años de relaciones.

Como se ve, el *Ingenio de esta Corte* siguió la obra del P. Anguiano en los principales episodios, prescindió de muchos que hubieran dado á la comedia animación é interés dramático, y puso otros de su caletre que acabaron de hacerla verdaderamente insoportable y merecedora de figurar por derecho propio entre las tardías y degeneradas manifestaciones de aquellas *comedias de Santos* que hacen su aparición en el siglo XVI y que con tanta fortuna cultivaron en el siguiente Cervantes, Lope de Vega, Mira de Améscua, Tirso y Calderón, materia que constituye una parte interesantísima de la obra del ilustre escritor Don Adolfo Bonilla y San Martín, titulada *El Teatro Español anterior á Lope de Vega,* próxima á publicarse.

Nota 17.ª

(Pág. 108)

Una biografía de Don Tiburcio de Redín.

La fama de Don Tiburcio aún llegó hasta el segundo tercio del siglo pasado, en que el Marqués del Amparo publicó un folleto que lleva el título de *Biografía de Don Tiburcio de Redin, Baron de Bigüezal* (Madrid, 1861.—Bibl. Nac. 2-6599). Aunque el autor dice que obtuvo varios datos en el archivo de la casa del Sr. Conde de Guendulain, en Pamplona, su trabajo no es más que un somero extracto del libro del P. Anguiano, y las nuevas noticias redúcense á rectificar dos fechas; la de la visita que hizo Don Tiburcio al Convento de Capuchinos, que Anguiano coloca en Mayo de 1636 y el Marqués del Amparo en igual mes

de 1638, y la de la toma del hábito de novicio, que el primero afirma que se verificó en 26 de Julio de 1637 y el segundo en 26 de Julio de 1638 (1).

(1) Creemos, sin embargo, que la fecha de este suceso es la que dice en su libro el P. Anguiano, pues hay dos cartas de *Agosto de 1637* en las que se da la noticia de que Don Tiburcio de Redín había tomado el hábito de capuchino. (Véase NOTA 9.ª).

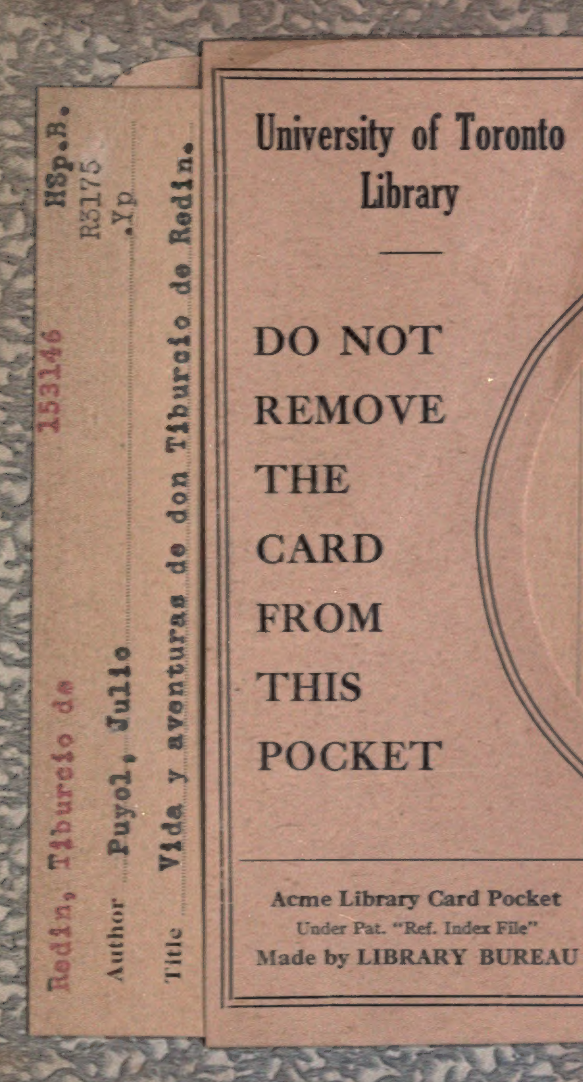
ÍNDICE

Páginas.

EPÍLOGO

NOTAS




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
Redin, Tiburcio de
153146
HSp.B.
R5175
.Yp
Author Puyol, Julio
Title Vida y aventuras de don Tiburcio de Redin.

